Mo. V.

Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 13

San José, Costa Rica 1926 Sábado 2 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Maestros de ayer y campeones de hoy

Querido García Monge:

Le prometí algo para el Centenario de *El Repertorio*. Ahora cumplo; y cumplo encantado. Por si no le ha llegado ahí le va eso. Perdone lo poco.

Su amigo,

R. Blanco-Fombona

Niza, 16 de Julio de 1926.

Envíese, como siempre, todo a Madrid: 83, Martín de los Heros.

Nuestro ilustre compañero en la prensa don Eduardo Gómez de Baquero, hablaba, días atrás, de dos revistas ultramarinas: una de ellas yanqui; otra, hispanoamericana. El director de la primera, Peter H. Goldsmith, acaba de morir. Merece un recuerdo.

Era un yanqui bueno. Servía a su país sin aborrecer ni calumniar a los nuestros. Al contrario. Este idealista creía en la unión de los pueblos por el espíritu. Se propuso, como medida de acercamiento entre las dos Américas, dar a conocer lo mejor del pensamiento latinoamericano en los Estados Unidos, y lo mejor del pensamiento americanosajón en el continente de habla española.

Había vivido en México, viajado por el resto de América. Estuvo en España. Nos conocía. Nos estimaba. Era lo mejorcito y más puro de alma y más amigo nuestro que tenían los Estados Unidos a su servicio, para el acercamiento de ambas Américas. Descanse en paz y viva en la memoria de los hombres honrados que tuvieron el honor de conocerlo, Peter H. Goldsmith, el yanqui bueno.

El otro americano de que hablaba Gómez de Baquero en tono de loanza vive, por fortuna. Se llama don Joaquín García Monge.

Al revés de Goldsmith, su ideal consiste, no en unir a las opuestas Américas, sino a los dispersos fragmentos del mundo, del espíritu hispánico. Goldsmith — además de sus ideales—servía a un gran país inteligente y liberal. García Monge no tiene por retribución sino platónicos votos y no obedece sino a los dictados de su propia conciencia.

No esperemos que se muera para aplaudirlo. García Monge es un ejemplar de nuestra raza, a quien nos podemos proponer los americanos por modelo de inteligencia, de pulcritud moral, de buen gusto literario, de acción eficaz y de patriotismo continental.

Eso se llama ser un hombre.

Con reducidos medios, en un país pequeño de la América Central, ha hecho este hombre apostólico, desinteresado y de larga vista, lo que no han podido hacer en América la gran capital del Norte: México; ni



la gran capital del Sur: Buenos Aires. Ni siquiera en Madrid, capital de nuestra lengua, se ha logrado lo que realiza García Monge en San José de Costa Rica: la fundación de un hogar espiritual, que recoge los mejores latidos del pensamiento expresado en lengua española.

Al margen de escuelas literarias, por encima de partidos políticos, ajeno a localismos o nacionalismos antagónicos, cumple el trabajador costarricense su buena obra. Su obra consiste en oponer a otras culturas, demasiado invasoras y despectivas, la cultura hispánica—entendiendo por hispánico no exclusivamente lo español—; en mostrar a nuestra comunidad de pueblos sus guías naturales; en concentrar en un foco para que radie mejor y con más virtud nuestra dispersa ideología.

Y nada en él ni en su obra resulta imprevisto ni improvisado. Todo obedece a método y propósitos prefijos. El mismo nombre de su semanario: Repertorio Americano, obedece a la inspiración de no romper con el pasado; de recoger la herencia de nuestros padres y dar bases seculares a nuestra cultura hispanoamericana.

Repertorio Americano, en efecto, es la resurrección, en nombre y en espíritu, de otra publicación análoga que fundó y sostuvo en Londres—por estos días hará un siglo—otro maestro de la América española: Andrés Bello.

Recordemos el Repertorio y la personalidad de Bello en homenaje al Repertorio y la personalidad de García Monge. Ahora que se están celebrando tantos centenarios políticos y militares en América, recordemos nosotros el centenario de un periódico: el centenario del Repertorio Americano.

* *

¿Será buen sitio para tratar de estas cosas y de estos hombres tan de América un periódico español?

Me parece, no sólo bueno el sitio, sino, hoy por hoy, quizás el mejor.

Ciertos españoles viven quejándose de que el hispanoamericanismo resulta mera y vacua retórica. Tienen razón. ¿Por qué resulta vacuo? ¿Por qué retórico? ¿A quién la culpa máxima? A buen seguro que los yanquis se lamenten de que su panamericanismo parezca vacío y palabrero. Con sustancia política eficaz saben rellenarlo. Y también rellenarlo de acciones.

Dionisio Pérez acaba de exhalar malhumorados suspiros en *El Sol* por la actividad yanqui, en relación con América y con mo-

tivo del Congreso bolivariano reunido al presente en Panamá. «Se ha prestado escasa atención en España—dice Dionisio Pérez—al Congreso de periodistas reunido en Washington... Apenas terminado este Congresó, se ha reunido, en Washington también, la segunda Conferencia panamericana de la Cruz Roja. En el mes actual se reune en Panamá el Congreso de las Naciones Suramericanas (quiere decir hispanoamericanas) conmemorativo del que convocara Bolívar... En la Habana se reunirá en 1927 el Quinto Congreso panamericano del Niño, y en 1928, la Sexta Conferencia panamericana».

Después, el inútil lamento: «Se está desespañolizando a América».

Pues no hay más que un remedio: moverse en sentido contrario. Los Estados Unidos inventan a cada aurora nexos que los liguen con la gente del Sur. España, en cambio, permite que los nexos tradicionales que con aquellos pueblos la unen se aflojen y aun se rompan.

Hasta la literatura, que estrecha tantas y tan firmes amistades, la desdeña. ¿Quién sabe aquí, a conciencia, nada de nuestras letras?

Se quiso honrar un trozo de la Gran Vía con el nombre de un intelectual americano. Se sacó a relucir el nombre de Andrés Bello. Lo desecharon por el de Mitre. ¡Por el de Mitre!

¿Supo o sabe el Municipio la oposición entre ambos nombres, lo que uno y otro significan?

Andrés Bello—para América—fué el más prócer maestro de ayer. De sus enseñanzas aún vivimos. Perduran esas enseñanzas en los Códigos de algunas de nuestras Repúblicas, en la Gramática que se aprende en las escuelas, en las Antologías como modelos de buen decir, en textos de Derecho internacional, en obras de Filosofía, en las generaciones que educó y han trasmitido a otras generaciones un noble anhelo de saber.

Andrés Bello—para España—debe significar esto: el hombre que, en la primera mitad del siglo XIX, salvó contra la barbarie cerril, nacionalista y jacobina de los americanos—con la que coqueteaba Mitre y de la que fué máximo exponente un escritor admirable, Sarmiento—la cultura española, en lo que tuvo de buena, y las tradiciones españolas, en lo que tenían para nosotros de aprovechable.

* *

Desde promedios de 1810 hasta 1829 permaneció Bello en Londres. Servía vagos y cambiantes puestos diplomáticos de las Repúblicas en revolución. Por los altibajos de la guerra se quedó a menudo sin cargo y sin sueldo. Y como aquellos revolucionarios tenían por patria toda la América, cuando las armas españolas apabullaban una República, Bello aparecía sirviendo a otra República. Representó a Caracas, como secretario de Legación, en 1810; a Chile, luego, en 1822, y más tarde, desde 1824 a 1828, a la Gran Colombia. Por sonoros que fuesen los títulos, la remuneración, cuando pudo haberla, era modesta. No se es revolucionario impunemente.

Desbaratada la revolución de Venezuela en 1812, el Gobierno inglés sostuvo a Bello, en prueba de simpatía a la causa americana. Pero todo tiene término, hasta la beneficencia inglesa, que lleva su lápiz en la mano y pierde con dificultad la cabeza. El auxilio británico cesó en cuanto Fernando VII recobró el trono. Había durado un año. Fué necesario ganarse el pan. ¡Y en Londres!

Bello, que fué toda su vida maestro, maestro de algo y de alguien, buscó una actividad de acuerdo con su carácter y conocimientos, y se dedicó a enseñar las lenguas castellana y latina. A veces, las lecciones escaseaban, y entonces sobrevenían las horas negras. Sobre la sombra del exilio caía la sombra de la miseria.

Pero Bello no se abate. Su amor al estudio lo salva. En Londres perfecciona su inglés, aprende griego, analiza los monumentos más antiguos de la lengua castellana, rastrea los orígenes de la versificación francesa, de la literatura ingl sa, de la poesía italiana.

Casó con una inglesa. Enviudó; volvió a casarse con otra inglesa. Pero como los matrimonios no le daban dinero, los emigrados liberales españoles le tendieron la mano amiga. El célebre Blanco White, de extensas relaciones en Londres, lo puso a menudo en el camino del bocado cotidiano.

Pensó en irse a Buenos Aires: el Gobierno argentino le ofreció dinero para el viaje y la hospitalidad de la República, tomando en cuenta los méritos de Bello y el sacrificio heroico de los venezolanos, ahogados en su propia sangre por la espada española victoriosa. Los méritos de Bello, decían los generosos argentinos de entonces, «los hacen más recomendables los padecimientos de nuestros hermanos de Caracas». Era en 1815.

Bello no partió, después de haber solicitado y obtenido la hospitalidad argentina.

En Londres fundó y redactó, en compañía del guatemalteco Irisarri, el *Censor Americano*, en 1820.

Tres años más tarde, en 1823, sacaron a la luz el mismo Bello y el granadino García del Río *La Biblioteca Americana*. De 1826 a 1827 apareció, con Bello a la cabeza, el *Repertorio Americano*.

En aquellas revistas publicó el ilustre caraqueño sus dos mejores poemas: la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, escrita en 1826 *(Repertorio)*, y la *Alocución a la Poesía*, obra de 1823, inserta en dos números de *La Biblioteca*.

Por entonces vertió en versos castellanos y castizos el *Orlando enamorado*, de Boyardo.

También publicaba por entonces sus descubrimientos y pensares sobre filología románica; estudios de prosodia y métrica españolas—que la Academia Española prohijó y aceptó por suyos—, apuntes de erudito, divulgaciones de ideas y obras científicas y múltiples juicios críticos sobre obras ya filosóficas ya literarias.

Su propósito era el de difundir en los países de nuestra lengua la cultura extranjera y no permitir que desapareciera o arrinconara la cultura propia, hereditaria.

* *

Llamado y protegido por Chile, sale Bello de Londres en la muñana del 14 de febrero de 1829. Se embarcó en el bergantín inglés *Grecian*, rumbo a Valparaíso. Iba a cruzar no lejos de las costas de Venezuela, dirigiéndose hacia el estrecho de Magallanes. No volverá a ver ni a pisar la tierra nativa. Una nueva patria, más generosa que la antigua, le abre las puertas.

R. BLANCO-FOMBONA

(Tomado de *El Sol* de Madrid, del 1.º de Julio de **1926**).

Alejandro Edilio Borges,

Agente General de Revistas y Publicaciones, desea entrar en relaciones con los editores hispanoamericanos, para lo cual necesita que le envíen muestras y condiciones. Boulevard Baralt, Maracaibo. Venezuela.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Keyserling en Asia

II

(Véase la primera parte en el cuaderno anterior).

Agonioso, fatigado de Europa y sus complicaciones, el conde Keyserling viajó por Asia sin premura. Su *Diario de peregrinación de un filósofo*, escrito en 1914 y y pubicado en 1918 (¹), describe ese magnífico periplo a través de tierras y de ideas. Avanzó hacia el vasto mundo, como quien se dirige a un claustro en busca de soledad. Declaró que era un nuevo Proteo y que por serlo se sentía capacitado para la disquisición metafísica. Alejándose de Occidente podría juzgar mejor a Europa, que es, a pesar de diferencias y oposiciones, un todo espiritual. Antes de partir, en años de meditación, llegó a comprender que la perfección no estriba en vencer a los demás en ruda lucha zoológica, sino en realizar penosamente la perfección interior. La acción nuda corresponde a un orden inferior: en ella se manifiestan egoísmos desatados. Hombre del Norte, inclinado a la actividad, al tumulto, acertó a descubrir que podía estar en el conocimiento la salud del mundo. ¿Dónde sino en Oriente se afirmarían tales convicciones? Visitó la India, la China, el Japón, y volvió al Viejo Mundo, atravesando un país donde se exacerba el mal de Occidente, los Estados Unidos.

* *

En la India descaeció su voluntad. Vegetaba su ser, sin iniciativa, sin resistencia, sin ímpetu viril. Se desnudó allí de la firme voluntad del europeo: Ya no pienso, dice, sino que «se piensa en mí». Renunció a la previsión y a la decisión. Una fuerza exterior, plúmbea y difusa, le dominaba. ¡Con qué evidencia se ofreció a él en Colombo, en la isla ubérrima, la doctrina de la irrealidad del mundo, de Maya, la ilusión de las formas! La naturaleza exuberante todo lo invade, el trópico abruma al hombre frágil. De la misma manera que el budista, el viajero filósofo escaparía allí dichosamente a la afirmación de sí mismo para sumergirse en la divina paz de lo indeterminado, sin que le encadenaran ni el placer ni el dolor, sin que sobre él gravitaran los hombres o los dioses. A medida que se avanza hacia el Sur en esta zona, lo primitivo, lo animal dominan, y sin trabas se dilatan la fantasía y el deseo. El europeo activo que aspirara antes a conquistar la tierra, a afirmar ásperamente su voluntad, a avigorar sus facultades, sólo sueña allí en el nirvana. En las florestas de Ceilán las plantas se multiplican con tal rapidez, la naturaleza es tan pródiga, que el viandante no halla estabilidad. Los elementos, los seres parecen siempre en formación, *in fieri*, indefinidos y turbulentos. El Gautama enseñó una doctrina adecuada a regiones donde el individuo se siente vencido por el frenesí de las formas.

La fenomenología de Buda corresponde a la vegetación de la India, explica el filósofo; sólo analiza impresiones efímeras sin preocuparse del Absoluto, del yo profundo o de un Dios personal. Psicología precisa que parece extraña en la península, solar de la metafísica, de las más encumbradas especulaciones. El brahmanismo, he aquí la verdadera filosofía hindú, construcción vigorosa, sin tesis soberana. Sólo *brahmanizado* el budismo prospera en las enseñanzas de Mahayana. Si el cristianismo puro no está en consonancia con el espíritu de los pueblos occidentales, tampoco podemos establecer correspondencia entre la tradición espiritual de la India y el budismo. En la península es moral para gente enflaquecida, doctrina de abandono, secta destinada a emigrar.

Después de conversar con los monjes budistas, el filósofo germano pone su conato en definir el nirvana o nibana, término impreciso en las enseñanzas del Gautama y de sus discípulos. No es sinónimo de la nada, como lo afirman comentaristas de esta moral; no es la plena Unidad, como en la teología de los brahmanes, sino una dulce libertad. El alma desata vínculos, se separa de la agitación circulante, granjea paz frente al torrente de las apariencias. ¿Para qué empeñarse en describir con imágenes esa tardía serenidad? Falta en ella la conciencia de sí y se acaban el deseo y el dolor.

El monje, el Bikkhu que vive una existencia desinteresada y pura y adormece lentamente sus facultades, no desdeña, sin embargo, al avecinarse al nirvana, a quienes viven en el mundo, a sus hermanos de inquietud. Sabe que a la perfección se llega por etapas, lenta y dolorosamente, y en todas las profesiones y condiciones descubre un género de nobleza. El cristianismo primitivo se apartaba del mundo y exaltaba el ascetismo. Entre los budistas, cualquier estado, aun inferior, parece bueno y útil, todo es estación provisional en la casa de Dios.

Y así la caridad del hindú no es activa e impaciente como la del cristiano, sino amor prudente y racional. Vale y preocupa menos el individuo que en Europa. Bien puede esperar que, en virtud de segura evolución, se extingan en él las fuentes del mal. Preferimos, sin duda, el cálido amor de los cristianos; pero en cambio, sabemos que el Evangelio no ha ennoblecido a las masas de igual manera que el mensaje de Buda. El budismo vive en acuerdo perfecto con su fe, practica serenamente todas las virtudes, mientras que cuántas veces se oponen, en el cristianismo, la doctrina y los hábitos de una existencia dominada por pasiones inferiores.

Esta capacidad de enhestar al pueblo y ennoblecerlo la debe el budismo, según Keyserling, a que el Gautama nació en mansión de señores. No olvida el filósofo que él también pertenece a la estrecha nobleza de los barones bálticos. En los aristócratas son cosas naturales y dones seguros el señorío, una visión amplia y desencantada de los sucesos humanos. Buda era chatsia, casta sólo inferior a la de los brahmanes, y tenía experiencia del mundo. No podía envidiar el bienestar de las clases superiores porque era noble, conocía las flaquezas de los hombres y se mantenía extraño a estímulos secundarios. En el cristianismo dominó, en cambio, lo que llamaba Nietzche el criterio chándala. Progresó como religión de proletarios, asoció dos reformas, religiosa y social. Pronto, por una penosa desviación, pareció religión de miserables, de seres en menguante, y se opuso a toda aristocracia espiritual.

Buda no es pesimista, afirma Keyserling, como si quisiera oponerse al comentario de Schopenhauer. Ante la vida su actitud es la de las inmensas estatuas que sonríen: contemplación desnuda de deseos, sosiego, dicha en el seno de una paz constante. Ni el dolor ni el placer le turban. Ni envidia, n se altiva, ni desdeña. ¿Por qué preferirá al individuo incompleto la existencia inferior, como los primeros cristianos, si entre todos los seres grandes y pequeños no existe diferencia fundamental, si la vida es el mal, si la santidad y la libertad sólo se conquistan en la paz del nirvana? A este estado final no se llega elevándose en el orden humano, en virtud de *grandeza de carne*, diría Pascal; pero los grandes, según el sentido de la tierra, al despojarse de bienes y privilegios, sacrifican más que la gente miserable.

El príncipe no está más cerca de Dios que el esclavo. No llegan a éste, empero, por ser tal, porque se halla en dolorosa condición, gracias especiales de la divinidad. Mientras que el budismo nivela a los hombres, el cristianismo prepara el triunfo singular de la plebe sobre la cultura, sobre los elementos finos y espirituales de cada sociedad.

Los pobres de espíritu se han creído llamados a conquistar el cielo y a monopolizarlo porque son sencillos, ignorantes y plebeyos. ¿A qué extremos de anarquía conduce tal inversión de términos y de valores dentro de nuestra civilización?

También predica el budismo sumisión y humildad. Podemos emparejarlo con la buena nueva cristiana en este orden, pero difiere en este orden también el espíritu de las dos religiones. Cuando se sacrifica un cristiano, implícitamente reconoce que, en la economía del Universo, los demás seres significan más que él, y se despoja de su yo que es odioso. Aniquilarse para que los otros vivan, y prosperen, tal parece la norma común, y del indefinido enflaquecimiento se derivan gracias y paz interior. El budista no sostiene que tenga más importancia ante la mirada de Dios la existencia ajena. Cree que hay mayor grandeza en dar que en recibir, y así, en la plenitud del sacrificio, se altiva porque se siente ennoblecido. Realiza el bien por amor a sí mismo, se de-

(1) Se ha publicado recientemente una edición inglesa de esta obra.

rrama en actos de caridad para alcanzar una divina paz, para progresar interiormente y avecinarse al nirvana. Pero este espíritu no degenera en *locura de amor*, como en el Evangelio. Colmando de beneficios a nuestros semejantes, en vez de incitarlos a la liberación, los atamos a la tierra, avigoramos en ellos el egoísmo.

Notamos que Keyserling estudia con predilección el budismo, aunque le perezca el brahmanismo la verdadera filosofía de la India. Diríase que ha buscado en la península santa inspiración, semejable a la de los místicos europeos: paz por el sacrificio y muerte del deseo.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN
27, Remusat París.

(*La Nación*. Buenos Aires).

Arte y proletariado

Nos trae el REPERTORIO AMERICANO voces de la capital azteca. El maestro Diego Rivera nos habla en interesante entrevista de un arte proletario ([1]).

Posible es que, en esa manera de pensar exista confusión entre sus motivos hijos de la campiña, y el ambiente que corresponde al arte. Nunca existirá plástica cultivada para el pueblo, antes bien: el artista eleva los motivos populares a tal grado que dejan de hablar a sus mismos inspiradores. Vemos las muchedumbres pasear entre estatuas con la misma indiferencia que si fueran trozos de mármol sin labrar. El divino decir de las estatuas y lo que nos cuentan las telas, lenguaje es poco común a todos.

Sí, en verdad; el arte propiamente dicho y la industria poco tienen de común; la primera no atiende a ningún orden mecánico, obedece a la libertad del espíritu.

Ningún país está llamado a marcar las artes de otro; posible es que gentes de una misma raza tengan algún parecido en sus producciones. El valor de un artista lo manifiesta su personalidad y quien cultiva su sensibilidad artística habrá de conseguirlo empezando por los dibujos de las cavernas.

Eso de un arte revolucionario, cosa difícil me parece; más que destrucción popular, el arte moderno comprende un aislamiento artístico causado por ignorancia de las muchedumbres. Revolucionar muy bien acomoda a las nuevas tendencias sociales, pero el arte nada destruye, arte es amar el pasado.

Manifestación de la aristocracía del arte es la pobreza que rodea a los artistas, especialmente en América; si no gozan de especial apoyo monetario se mueren de hambre, a menos de trocar los pinceles creadores en brochas de oficio.

Estos tiempos han anulado los títulos escritos con sangre azul; hoy sólo una aristocracia se concibe: viste de harapos y extiende suplicante mano en favor de apoyo; esa aristocracia, que lo es del alma, la llevan consigo los pobres artistas.

MAX JIMÉNEZ

(1) Véase el cuaderno 11 del tomo en curso.

Buda y la leprosa

=De *Billiken*, Caracas.=

Capítulo de una novela inédita de Teresa de la Parra, publicado, en francés, en la revista *La Vie Latine* de París, traducido especialmente para BILLIKEN por un cultísimo admirador de la novelista venezolana.

GAUTAMA había nacido príncipe, en la tribu de los Sakias.

Sus bosques y posesiones se extendían sin solución de término, en las inmensas faldas de los Himalayas. Legiones de soldados cuidaban los valiosos tesoros del príncipe. Millares de blancas esclavas circasianas, cuyas desnudeces lucían como gardenias, habitaban sus vastos serrallos.

Su esposa, Yasodara, le había dado un hijo, y sobre la blancura de su palacio de mármol, su vida se deslizaba con la majestad de los ríos que corren lentamente...

Todos los astrólogos del reino habían leído el horóscopo de Gautama en el día mismo de su nacimiento, y todos esos sabios, plenos de asombro y de respeto, anunciaron que el príncipe brillaría en el mundo como el sol brilla sobre la faz de la tierra, e inclinados con religiosa admiración, predijeron también la inmortalidad de su reinado, que sería grande y eterno en la memoria de los hombres.

Y Gautama, que poseía todos los bienes de la tierra, sabía también todos los secretos de la sabiduría humana.

Pero, en la inmensidad de su abundancia, Gautama resultaba tan pobre como el miserable mendigo que todas las mañanas le tendía sus manos en viéndole venir por el camino; y dentro de la grandiosidad de su poder, Gautama era tan desgraciado como el último labriego que trabajaba en sus tierras, debido a que un deseo ardiente y pertinaz torturaba su vida y arrollado a su corazón, era como si llevara a todas partes la horrible serpiente del fastidio.

Cuando le miraban pasar, triste y taciturno, todas las gentes se preguntaban cómo podía gobernarles un príncipe tan silencioso, que no sonreía jamás.

Buscando un remedio a su mal, Gautama leyó las Santas Escrituras de los Vedas, y leyó las gloriosas historias del Ramayana, y leyó también los códigos sagrados de Manú; y a pesar de todo, del fondo ilustre de los libros se alzaba la sombra de su fastidio, como se alza la noche sobre el día, a la hora victoriosa del crepúsculo.

No pudiendo hallar en los viejos libros la medicina de su mal, con su vanguardia de heraldos y sus legiones de servidores partió Gautama de su urbe nativa, en una caravana de dromedarios; y atravesando desiertos, bosques y ríos fuése a consultar los sabios de Golconda y los profundos doctores de Visapur. Pero la misteriosa tristeza que le había acompañado en su viaje de ida, también le acompañó en su viaje de regreso. En la desolación de los desiertos ella estuvo pegada a él como si pegada a la arena siguiese la sombra de su camello; ella le siguió perseverante en la melancolía de las palmeras; ella lo acompañó en el silencio umbroso de los bosques, y en viajando por los ríos, se reflejó la tristeza de Gautama en el cristal de las aguas, como se reflejan en las ondas del sagrado Ganges los cuatro hachones de las barcas funerarias, portadoras de cadáveres...

Un día, de regreso a sus Estados, cerca de la puerta de una ciudad populosa, Gautama detuvo la marcha de su camello. A la sombra de una torre en ruinas le había sonreído una mendiga que yacía acostada sobre el polvo del camino. Era una mísera esclava, hija de parias, que la ciudad acababa de arrojar afuera, como una cosa nefasta e inmunda. Todas las personas que pasaban por su lado, en mirándole las lacras se apartaban llenas de terror, pues el cuerpo de la esclava era una carroña pestilente, devorada por el can famélico de la lepra. Sólo el príncipe Gautama se había decidido a detener frente a ella su camello, porque había visto florecer una sonrisa en el horror de aquella boca deforme, y deseando descifrar el enigma de semejante rareza, habló a la mendiga y le dijo:

—¿Quién eres tú, que puedes sonreir así, prisionera como estás en la garra de todas las dolencias?

—Señor, dijo la mendiga, yo soy una esclava leprosa y pertenezco a la raza maldita de los tchandales. ¿Cómo es posible que tú, ilustre príncipe de Sakias, desciendas a hablar con una hija sin padre, con una desgraciada sierva?

Pero Gautama, que había bebido en las fuentes de la sabiduría, despreciaba las leyes y los prejuicios humanos y sin apartarse de la leprosa, repitió su pregunta diciéndole:

—¿Cómo puedes tú sonreir?

—Yo sonrío, señor, de ver pasar tu caravana, porque me ha hecho pensar en mis horas que desfilan una tras la otra, con la misma lentitud de tus dromedarios. Como ellos, mis horas pasan lentas y enarcadas, porque también llevan sobre sus espaldas el enorme peso de mi tesoro, que es este inmenso dolor mío. La lenta caravana que conduce mis riquezas me precede delante de Nuestro Señor Visnú, y yo la veo desfilar sin miedo alguno porque estoy segura de que ningún ladrón deseará robármela.

—Mujer, dijo Gautama, tú eres grande y poderosa en tu abismo de humildad, pues tú has vencido a tu terrible enemigo, el sufrimiento, y te has adornado con las joyas del dolor. Tú eres Reina en el imperio de la Resignación, y el horror de tus llagas es santo porque está florecido de esperanzas...

Gautama regresó a su urbe natal. Y porque en la noche de su tormento brillaba siempre, como un sol, el recuerdo de la infel,z leprosa, un día reunió a todos los Ministros y grandes de su Corte, a todos sus esclavos y servidores, y les dijo:

—Por fin he encontrado el tesoro que había buscado en vano durante tantos años: tal tesoso es la Esperanza. Yo voy a fundirlo en el crisol de la misericordia, yo acuñaré con mis palabras áureas monedas, y con mi enorme tesoro sobre mis espaldas iré a rescatar y a salvar a los tristes. De hoy más yo seré el Emperador de las Lágrimas: me sentaré sobre el trono de la compasión. Mi reino será el Dolor y en él reinaré por toda la eternidad, porque de todos los imperios que existen en el mundo, sólo perdurará sobre la tierra éste del Dolor.

Y Nuestro Señor Gautama Sakia Muni abandonó a su esposa, a su hijo, a sus fieles súbditos: repartió sus riquezas a los pobres, se vistió de cilicios y tomando el báculo de los mendigos se internó en el desierto y ayunó cuarenta días.

TERESA DE LA PARRA

París, enero de 1926.

El volcánico litigio de Tacna y Arica

26, Bellevue Road,
West Ealing,
London, W. 13.

5. IX. 1926.

Admirado García Monge:

Nuestro amigo Torres Rioseco me incita a opinar en el volcánico litigio de Tacna y Arica. Podría contestarle con una referencia a mi artículo publicado en el REPERTORIO—tomo XII, pág. 114—Pero el tema es demasiado grave para agotarlo con un alarido, aunque sea tan generoso y desesperado como el del Sr. Torres Rioseco.

El problema de Tacna y Arica, después de lanzada mi protesta contra los desmanes de uno y otro lado, me deja perplejo y dejará lo mismo seguramente a cuantos anhelan resolverlo con un desinteresado espíritu de fraternidad racial. Mientras los empresarios del pleito y sus clientelas tienen un propósito claro, definido y lo siguen rectamente, nosotros no hemos hecho hasta ahora sino dar gritos de angustia o lanzar una palabra despectiva. Sin embargo, Tacna y Arica, la guerra entre Perú y Chile, es un hecho poderoso, una realidad vital, es decir compleja, y no puede suprimírsela con gritos ni con frases despectivas.

Agunos amigos me han contado detalladamente el ardor patriótico de las muchedumbres peruana y chilena. Yo sé y siento la desventura de este patriotismo local, de montescos y capuletos. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de su razón de ser. Quienes lo han formado y lo estimulan le ofrecen a las multitudes un objetivo concreto. En Chile se le ofrece al pueblo el fruto de una victoria guerrera y los beneficios indirectos—a mi juicio, demasiado indirectos para llevar al pueblo—de los impuestos a la exportación del salitre y los dividendos del ferrocarril de Arica a la Paz. En el Perú se le ofrece la revancha de una derrota y el engrandecimiento del territorio nacional. Bolivia juega en el pleito con su legítima aspiración a una salida al mar. Las tres cosas engranan perfectamente en el movimiento de las pasiones y los anhelos humanos y cualquiera de ellas es bastante para comprometer el sentimiento de cualquier pueblo de la Tierra. Nosotros, en cambio, no les ofrecemos a los hombres de Chile, Bolivia y Perú sino un poco de retórica de cuando en cuando.

Este es el fracaso hispanoamericanista en Tacna y Arica. Hay una realidad preliminar, subconsciente, implícita en el pleito: la nuestra. Otra realidad concreta, de corto alcance y bien trabajada: el pleito mismo. Nosotros nos hemos ocupado y nos ocupamos aun hoy en vivir la gran onda de nuestro pensamiento histórico y los organizadores de la contienda ocupan todos sus afanes en centrar la mirada de los pueblos en un objeto preciso.

Del enemigo el ejemplo. Si queremos cegar a tiempo el venero de odio de Tacna y Arica, es necesario coger el problema vivo, real, estudiarlo y analizarlo por todos sus lados y resolverlo en una fórmula clara—Todavia no podemos otra cosa—Yo he dicho varias veces y lo repito una vez más: no me importa ni encuentro diferencia ninguna entre la peruanidad, la chilenidad o la bolivianidad de Tacna y Arica. Peruanas, chilenas o bolivianas las querré lo mismo y serán siempre mías, un pedazo del gran territorio de mi raza.

Pero este sentimiento mío no es bastante para orientar a los pueblos del Perú, Chile y Perú y Bolivia. Para orientarlos se necesita una luz o, como se dice en términos políticos, un programa. Contra los programas particulares de los guerreros de Chile, Perú y Bolivia—guerreros lejos de las trincheras y con la emoción en dollars—nosotros debemos oponer un programa común. Debemos decirle clara y uniformemente a nuestros pueblos: «El problema de Tacna y Arica debe resolverse así», y trabajar juntos por encender en el alma de ellos la adhesión a la fórmula.

Mas en este punto se descubre la inutilidad de nuestras voces hasta ahora. ¿Cómo debe resolverse el problema de Tacna y Arica? Podemos ajustarnos en una generosa rivalidad de desprendimiento y lirismo, y decir, los peruanos: cediéndole definitivamente las provincias a Chile; los chilenos: devolviéndoselas al Perú, o, para transar, peruanos y chilenos: regalándoselas a Bolivia. Pero Tacna y Arica son un pueblo. Esto es: un conjunto de intereses, de aspiraciones, de sentimientos, de posibilidades, de recuerdos, de ideales, y es imposible armonizarlos con una gallardía lírica. Sólo se puede armonizarlos compensándolos en una fórmula justa.

Quienes no estamos comprometidos en las combinaciones de la riña somos sin duda los más aptos para encontrarla. Pero aquí surge otro conflicto. ¿Cómo buscarla? La falta de sentido político de nuestros pueblos no se revela tanto en la desdicha de los gobernantes, cuanto en la desorientación de los gobernados. Cuando en los países anglosajones,—los de mejor educación política del mundo—un grupo de ciudadanos adquiere un sentimiento particular de un problema, se reune, elige un comité y este comité, luego de estudiar el problema, traza el plan concorde para resolverlo. Todos los ciudadanos de acuerdo se conglomeran después en torno al plan y lo propagan y lo alientan hasta convertirlo en realidad. Si nosotros fuéramos anglosajones yo propondría este medio para organizar nuestro programa sobre Tacna y Arica. Estudiarlo y trazarlo en una conferencia de cuatro o seis hombres—peruanos, chilenos y bolivianos—adscritos al mismo ideal. Pero como somos hispánicos y yo veo cuan fuertes y unánimes son las características de nuestra raza, no la propongo.

La mente hispánica es muy fecunda y cualquiera de las inteligencias citadas o de las no citadas por el señor Torres Rioseco puede encontrar el medio de realizar el propósito. Mi entusiasmo y mi esfuerzo están desde ahora al servicio de cualquier iniciativa en tal sentido.

Le saluda con el cariño de siempre su buen amigo y camarada,

CÉSAR FALCÓN

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Club en series a ₡ 3.50 semanales.

Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:
10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.
Contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

L. E. Nieto Caballero responde al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi

Panamá, setiembre 12 de 1926

Señor M. Vincenzi

Escasú

Muy distinguido amigo:

Contesto a su cuestionario, tan noblemente inspirado, desde una posada del camino. Voy para Colombia y siento que en Colombia, durante mucho tiempo, no tendré calma. Tome esto por lo que valga, improvisación apenas de la sinceridad, y no sea muy duro en los comentarios si acaso mis ideas no se adaptan a los moldes que usted estima ciertos.

1.º—Sería magnífica en América la unificación de la enseñanza y el trabajo en común de los mejores. La ciencia es en todas partes la ciencia, de suerte que sus sacerdotes deben estar listos para oficiar en cualesquiera altares. Si en las escuelas de idéntico programa para la enseñanza general, con cursos de especialización para aquellas materias que son características de un país o del otro a lo largo de nuestro continente, llegara a establecerse como una orientación definitiva el cultivo preferente de lo propio, de lo que tenemos adquirido en el largo proceso de la civilización que injertó España en las tierras del indio, podríamos algún día sorprender a Europa con nuestra cultura y rivalizarla en los descubrimientos. Hubo entre las razas auctótonas quienes tuvieran secretos, y usted, que tan armoniosamente ha analizado el libro-cumbre de Antonio Mediz Bolio, sabe que el poderío y la ciencia de los progenitores lejanos arranca casi desde la nebulosa. Si cada uno de nuestros países escogiera determinados técnicos y si los escogidos por todos se reunieran para estudiar durante el tiempo preciso—dos o más años—las bases de un programa que abarcara las diversas faces del problema instruccionista, a fin de determinar el modelo a que debieran ceñirse las escuelas de América, harían por la verdadera hermandad continental mucho más que todos los predicadores a través de los siglos. Pero para llegar allá cuántos tropiezos! Surgiría el Vaticano con su afán de dominio en los pueblos que tienen la influencia clerical por la más santa, y surgiría el anticlericalismo, con todo lo que tiene de impulsivo y de odioso, a disputarse los temas y las cátedras. ¿Concibe usted la posibilidad de un programa escolar firmado conjuntamente por Marco Fidel Suárez y José Vasconcelos? El caso es típico, y la faz clerical o anticlerical es solo un ejemplo. Bello es el ideal que U. acaricia, hacia el cual debemos tender espíritus y brazos, pero dura la realidad que no permite el sueño de los que estamos despiertos!

2.º—¿Comunizar constituciones? El mapa que no tenga el reino de Utopía, dijo Oscar Wilde, no merece la pena de mirarse. Es lindo el pensamiento. Pero es mucho más difícil hacer constituciones comunes que escuelas con idéntico programa. La escuela es el ideal en marcha. La Constitución es, en cierto sentido, el ideal realizado. Para llegar a él necesitan nuestros pueblos evolución semejante. Y es muy diverso en ellos el grado de su desarrollo. La Constitución igual, en ese caso, es algo anticientífico. Si en los mismos Estados Unidos, con esa formidable interdependencia que han establecido las vías de comunicación más numerosas y rápidas del orbe así como el comercio en cifras que nos parecen fantásticas, existen leyes diferentes en los diferentes Estados, a pesar de una constitución federal con enmiendas que a algunos enloquecen, ¿cómo llegar, sin una larga preparación, a una carta común en países que se desconocen? Por otra parte, la misma comunidad nada significaría ante aplicaciones contrarias. Es muy posible que todas nuestras constituciones aseguren en términos parecidos las garantías individuales. Y vaya usted a ver en la realidad la diferencia entre México y el Uruguay o entre Venezuela y Colombia... Está bien que no perdamos de vista el ideal, pero a sabiendas de que es algo lejano. En nuestros países todos somos impacientes e ignoramos la virtud de la constancia. Queremos las cosas para ya y vapulamos a quien no ande con nuestra misma fe a cuestas. Usted, por ejemplo, ya creó el ministerio suramericano de guerra y marina, le hizo a mi ciudad el honor de designarla para sede del cuerpo ejecutivo de todo el continente y nombró a José Vasconcelos para presidirlo. ¡Cómo anda usted de aprisa! Es una cosa admirable. ¿Es acaso el Pulgarcito que le robó al gigante las botas de cien leguas? Yo, francamente, pierdo el resuello al seguirlo. Y me digo: hermoso todo esto, pero irrealizable en el tiempo que Vincenzi señala. Acaso veinte generaciones de Vasconcelos sean necesarias para triunfar en el empeño. El José Vasconcelos que gobernaría la flota aérea y marítima que Ud. sugiere, sería el de la vigésima. Nos faltan cuatro siglos. Pero no desmayemos. El Mesías no viene. Pero las manos de las generaciones pueden fabricarlo.

Escribiendo al correr de la pluma me asalta un pensamiento, que es una contradicción pero que es un pensamiento: ¿cuál es el objeto de unificarnos, de confundirnos, de asemejarnos hasta el extremo? ¿No pueden surgir la amistad, el comercio, la alianza, la defensa, la ofensiva misma, en pueblos sometidos al mismo peligro, sin necesidad de haber acuñado mentes con el mismo troquel y cortado constituciones con las mismas tijeras? ¡Hay tántas cosas que atraen en el contraste! Y hay tántas que hacen desesperante la uniformidad, la creación en lo mental de un tipo *standard*. Los Estados Unidos ya lo van produciendo: es un hombre práctico, fuerte, ignorante y opaco. Inferior al latino en la conversación, en la imaginación, en la ilustración, en la sutileza, en el chiste, pero cuán superior en la transformación de la materia, en la creación de cosas que nos sobreviven! Flores de un día somos nosotros. Y ellos son los muros de cemento. Y aquí digo: acerquémonos al ideal de codificar muchas cosas en que podemos ponernos fácilmente de acuerdo y cultivemos con amor aquello que nos caracteriza. Somos muy parecidos de México al Cabo de Hornos, pero tenemos de pueblo a pueblo dichosas diferencias. El *standard* a la larga nos haría más fuertes. Pero también más imbéciles.

3.º—En lo económico está el mayor peligro del continente latino, pero por suerte es el problema cuyos remedios obran en menor número de años. Una gran cordura, una gran prudencia en el manejo del crédito, es la salvación. No dejarse ofuscar por el progreso, no dejarse contagiar de esa fiebre que nos lleva a empeñar cuanto tenemos para adquirir unos centavos, ni mucho menos continuar con esa prodigalidad que nos ha impulsado a ir cediendo nuestros derechos de primogenitura por algo menos que platos de lentejas. De México hasta el extremo sur todos estamos endeudados. Colombia es el país que menos debe pero anda con unas ganas terribles de tener acreedores. Hasta donde lo permita la posibilidad de pagar cumplidamente, de amortizar sistemáticamente, de extinguir gozosamente, la deuda no es sólo inocente sino aconsejable. Pero lo grave son los compromisos que se adquieren sin cálculos bien hechos y que luego se convierten en cadenas que a las naciones, como a los individuos, les quitan el apetito y el sueño. Los cañones de los Estados Unidos no son temibles. No darían el escándalo de adueñarse por la fuerza de un país—y lo digo, aunque parezca paradoja, desde el departamento que por medio de Roosevelt nos robaron—a menos que se tratara de un caso de seguridad nacional, cosa remota, o de interés universal, como fué el caso del Itsmo,

> ***CUESTIONARIO:***
>
> 1.ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?
>
> 2.ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?
>
> 3.ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?
>
> 4.ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?
>
> 5.ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?
>
> 6.ª ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

herida que duele al pasar por él tan hondamente como en el día de la artera puñalada. Si lo último ocurre, el mundo se solidarizará con el despojo, como ya lo demostró una vez. Si el Sur entero se opone, si la América latina hecha una sola masa se les enfrenta a los perseguidores de algo de interés universal, tendremos combate para dos semanas. Las veinte naciones que tienen el porvenir sangrando en las entrañas, como dijo el poeta, serían para los Estados Unidos veinte bocados. Mucho daño les harían en el estómago, pero irían al estómago. Tendríamos guerras rifeñas, por siglos si fuere necesario, porque el valor de estos pueblos y su sentido de la independencia y del decoro tienen en la historia páginas portentosas que enrojeció sangre ilustre. En combate abierto solo tendríamos para las dos semanas de cálculo. Frente al coloso somos pequeñitos. Pero yo no creo en bélicas agresiones, ni estoy poseído del furor anti-yanqui. Los Estados Unidos tienen cosas maravillosas que debemos estudiar, que debemos tratar de asimilar, adaptándolas a nuestre genio. Yo soy partidario de la inteligencia con ellos y reconozco, como lo dijo Coolidge, que un pueblo de tanta grandeza material no ha podido alcanzarla sino sobre una base espiritual muy sólida. Pero venía diciendo que lo temible de ellos no son los cañones. Son las monedas. A un americano le oí decir que los hombres de la finanza internacional arrojan dólares como quien arroja bombas y avanzan luego sobre los escombros. Todos en la América Latina necesitamos dinero para nuestras obras. En el momento actual sólo los Estados Unidos pueden darlo en las cantidades y en las condiciones que el continente requiere. Bien estudiadas las negociaciones, no hay inconveniente, porque no hay peligro, en negociar con ellos. Pero endeudarnos como el padre de familia que hipoteca su casa para dar un baile, es correr al encuentro de la humillación y del yugo. Contra semejante azote es contra lo que la América nuestra debe prevenirse. Pero tampoco podemos establecer aquí condiciones comunes, porque son diferentes las obras de los países, diferentes sus garantías y diferente su crédito. Que cada cual se mida y que todos observen una regla elemental: no comprometerse nunca por más de lo que se pueda pagar sin sacrificio y tomar cordura, como quien toma quinina, como preventivo contra la fiebre de un progreso que no se haya estudiado.

4.º—Mucha propaganda. Hace falta conocernos mejor. Si mejoramos nuestros puertos y hacemos intercambios frecuentes de hombres de negocios que estudien los mercados, podemos aumentar las exportaciones en el continente, con líneas de vapores propios y en condiciones que nos dejen una mutua ganancia. Es, como todo lo anterior, obra del tiempo. Por lo pronto, el Sur es primordialmente agrícola frente al Norte industrial por excelencia. No podemos prescindir de los Estados Unidos ni los Estados Unidos pueden prescindir de nosotros. Si algún día lo logramos, no habrá necesidad de anuncio. No se oirán trompetas en el cielo, ni Josué cometerá un nuevo error astronómico. Los simples productos tomarán el camino de la mayor conveniencia. Hoy es inútil persuadir a un comerciante de que le compre más caro o le venda más barato al hermano que al extraño. En el comercio ordinario no hay reglas sentimentales. Si los Estados Unidos compran nuestro café a mejor precio que la Patagonia, le haremos un soneto a la Patagonia pero mandaremos el café a los Estados Unidos. Y si nos venden frutas en su jugo más barato que Chile, cantaremos el himno de Chile si usted gusta, pero compraremos en los Estados Unidos las frutas en su jugo. Es claro que todo se puede mejorar y que algún día, en determinada industria, podremos competir con los Estados Unidos o con el mundo entero. Ese día nuestros clientes aumentarán con rapidez. Pero no aumentarán por cariño, por hispanoamericanismo, por odio al otro pueblo productor, sino por simple negocio. *Les affaires sont les affaires*. Yo no sé si es triste, pero es lógico.

5.º—Nuevo principio, ninguno. Los antiguos. Que las clases altas salgan de su marasmo y tomen parte en los asuntos públicos. ¡Que se estudie, que se indague, que se analice con benevolencia todo esfuerzo del brazo o del espíritu! Nada de rencor ni de odio para nadie, pero sí un amor infinito por lo propio. A la gran patria americana a la gran patria universal, no puede llegarse, sin un hondo sentido de la patria. Yo no tengo fe en el que dice querer al pueblo hermano como al pueblo en que ha nacido, sufrido, gozado, combatido, del propio modo que no creo en quien siente por su casa el mismo amor que le inspira la casa del vecino. Me parecen estúpidas las matanzas por fronteras en terrenos ignotos, pero abstractamente amo las fronteras. Por la razón económica de la división del trabajo y por la razón moral de que eso está en la naturaleza humana, la patria es algo que no puede abolirse. La evolución mental la va ampliando. Patria fué el bohío, la cabaña del salvaje, el pedazo de tierra de la tribu. Patria fué la familia en la casa y el solar que regaba el sudor de los hombres y embellecían las manos femeninas. Patria fué la ciudad. Patria es hoy la nación. Algún día lo será el mundo. Pero lo será a la manera de la patria actual, en que no estorba y antes aprovecha un hondo sentido de familia.

6.º—Se me acaba el papel, pero por dicha encuentro que la respuesta a esta última pregunta está incluída en las largas respuestas anteriores. Admiro las virtudes de los Estados Unidos y conozco sus defectos. Creo que en nuestra algarabía contra ellos no nos hemos detenido a pensar en los defectos propios. Pero cautela y siempre cautela en nuestras relaciones con ellos ha de ser la invariable regla que nos libre de sus agresiones.

Su amigo afmo.

L. E. Nieto Caballero

Ap. de Correos N.º 49.
Bogotá, Colombia.

Glosario

El *Repertorio Americano*

Sale cada quincena, en San José de Costa Rica, una revista humilde, que me parece una de las mejores instituciones del Espíritu en América y España.

He aquí *in nuce*, la Universidad hispano-americana verdadera.

Allí, en días de Pentecostés, y entre *el estruendo del cielo* y el *viento recio* de las horas, estamos todos sentados, *todos unánimes juntos*—para decirlo como los *Hechos de los Apóstoles*—, cada uno con una lengua de fuego sobre la cabeza.

(*A. B. C.*, Madrid).

Eugenio d'Ors

Hermosilla, 17 Madrid. España

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 1o. de cada mes

Publica estudios ee escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosa y de variadaí, ndole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, $ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año $ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
84. Boulevard de Courcelles.—Paris (17é).

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Aníbal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscrición a la serie de 12 números vale **50** cts. oro.

Apartado 325. Panamá. R. de P.

EL

REPERTORIO

AMERICANO.

TOMO PRIMERO.

OCTUBRE DE 1826.

LONDRES:

EN LA LIBRERIA DE BOSSANGE, BARTHÉS I LOWELL,

14, GREAT MARLBOROUGH STREET.

1826

Facsímil de la portada del tomo primero de *El Repertorio Americano*, edición de 1826.

Prospecto

Años ha que los amantes de la civilizacion americana deseaban la publicacion de una obra periódica, que defendiese con el interes de causa propia la de la independencia i libertad de los nuevos estados erijidos en aquel nuevo mundo sobre las ruinas de la dominacion española: de una obra que, fuera de tratar los asuntos literarios mas apropósito para despertar la atencion de los americanos, concediese un lugar preferente a su geografía, poblacion, historia, agricultura, comercio i leyes; estractando lo mejor que en estos ramos diesen a luz los escritores nacionales i estranjeros, i recojiendo tambien documentos inéditos. ¿Cuántos de estos, por la falta de proporciones para publicarlos en América, yacen sepultados en las arcas de los curiosos? ¿Cuántos perecen en manos de la ignorancia i la desidia, defraudando a la patria de noticias útiles, i a sus autores de la alabanza i gratitud públicas? Una obra como la que hemos indicado, al paso que conservase estas producciones interesantes, contribuiria probablemente a multiplicarlas; i cuando no se esperase recojer de ella otro fruto, creemos que este solo deberia recomendarla a todo americano ilustrado, que amase la gloria i el adelantamiento de su patria.

En el estado presente de América i Europa, Lóndres es acaso el lugar mas adecuado para la publicación de esta obra periódica. Sus relaciones comerciales con los pueblos trasatlánticos le hacen en cierto modo el centro de todos ellos; i los auxilios que la circulacion industrial suministra a la circulacion literaria son demasiado obvios para que sea necesario enumerarlos. Pero Lóndres no es solamente la metrópoli del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican i fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es mas audaz la investigacion, mas libre el vuelo del injenio, mas profundas las especulaciones científicas, mas animosas las tentativas de las artes. Rica en sí misma, reune las riquezas de sus vecinos; i si en algun ramo de las ciencias naturales les cede la palma de la invencion o de la perfeccion, hace a todos ellos incomparable ventaja en el cultivo de los conocimientos mas esencialmente útiles al hombre, i que mas importa propagar en América.

Dudamos también que una obra de esta especie pudiese darse a luz con igual libertad en ninguna otra parte de Europa; i el estado del arte tipográfico en América haria sumamente difícil la impresion de un periódico de tanta estension como la que requieren los objetos arriba indicados.

Tales fueron las consideraciones que tuvimos presentes para la publicacion de la *Biblioteca Americana*, que empezó á salir en Londres el año de 1823. No se nos ocultaba la deblidad de nuestras fuerzas para llevar a cabo tamaña empresa; pero creíamos que en abrir solamente el camino hacíamos ya un servicio importante a nuestros compatriotas; i nos lisonjeábamos de que, reconocida la utilidad de la obra, i lo difícil del acierto, se nos auxiliaria con luzes i noticias, i se mirarian con alguna induljencia los defectos de la ejecucion, sobre todo en los primeros ensayos. No nos equivocamos en este concepto. El favor con que el primer tomo de la *Biblioteca* se recibió en América, escedió en mucho nuestras esperanzas. El número de ejemplares impresos, aunque considerable, no bastó a satisfacer la demanda; i de todas partes se recibieron comunicaciones lisonjeras, que alentaban a continuar la empresa, i ofrecian auxilios para llevarla adelante.

Ostáculos que no pudimos prever ni superar, habían ya suspendido la publicacion del segundo tomo. Afortunadamente, la parte que han tomado en la de este periódico los Señores *Bossange, Barthés, i Lowell*, libreros en Lóndres, i *Bossange padre*, en Paris, nos permite poner otra vez manos a la obra, con la perspectiva de que su continuacion no dependerá de continjencias semejantes a las que la interrumpieron la primera vez; de que un sistema mejor combinado en la distribucion i circulacion de los ejemplares los llevará a manos de los lectores trasatlánticos en el término mas corto posible, aprovechando siempre las primeras ocasiones que se presenten en los puertos de la Gran Bretaña; i de que en las circunstancias cada dia mas prósperas de los nuevos estados, la constancia de nuestros esfuerzos para merecer la aprobacion de sus ilustrados ciudadanos, i nuestra docilidad en seguir las indicaciones que se nos hagan, tanto en órden a la clase de materias como al modo de tratarlas, nos asegurarán su buena acojida, i los escitarán a favorecernos con materiales i comunicaciones.

Desde luego nos hemos propuesto hacer la obra aun mas rigurosamente americana que cual la concebimos i trazamos en nuestro prospecto de 16 de Abril de 1823; i con esta mira reducirémos mucho la seccion de *Ciencias naturales i físicas*, limitándola a puntos de una aplicacion mas directa e inmediata a la América, i contentándonos bajo otros respectos con dar una lijera noticia de las mejores obras que de ellas se publiquen.

En las otras dos secciones de *Humanidades* i *Ciencias intelectuales i morales*, es también nuestro ánimo descartar todo aquello que no nos parezca estar en proporcion con el estado actual de la cultura americana.

A estas variaciones en la sustancia acom-

pañarán otras en la forma, con el objeto de hacer menor el coste, i mas moderado el precio de la obra, que solo tendrá ya una estampa, i de 300 a 320 pájinas de impresion; pero que en limpieza i correccion tipográfica no será inferior a la *Biblioteca*.

Nuestro periódico, diferente ya bajo algunos respectos del que publicamos en 1823, tendrá por consiguiente otro titulo.

Pero el REPERTORIO AMERICANO (que así le nombrarémos) seguirá puntualmente el plan de la *Biblioteca* en cuanto a dar un lugar preferente a todo lo que tenga relacion con América, i especialmente a las producciones de sus hijos, i a su historia. Tratarémos (como lo anunciamos en aquella obra) la biografía de los héroes i demas varones claros que han ilustrado nuestro pais, acompañando, siempre que nos sea posible, sus venerables efijies. Por medio de ensayos orijinales i de documentos históricos, nos proponemos ilustrar algunos de los hechos mas interesantes de nuestra revolucion, desconocida en gran parte al mundo, i aun a os americanos mismos. Es tambien nuestro ánimo sacar a luz mil anécdotas curiosas, en que resplandecen, ya los talentos i virtudes de nuestros inmortales caudillos, ya los padecimientos y sacrificios de un pueblo heróico, que ha comprado su libertad a mas caro precio que ninguna de cuantas naciones celebra la historia, la clemencia de unos, la jenerosidad de otros, i el patriotismo de casi todos. Adoptando bajo este respecto la opinion de un escritor distinguido, creemos que «el patrimonio de todo pais libre consiste en la gloria de sus grandes hombres».

En una palabra, examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes i las ciencias, i de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio i navegacion, se le abran nuevos canales de comunicacion, i se le ensanchen i faciliten los que ya existen; hacer jerminar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzosas con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres i las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo: hé aquí la tarea noble, pero vasta i difícil, que nos ha impuesto el amor de la patria.

Tendrémos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ninguno de nuestros estados o pueblos; escribimos para todos ellos, i el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente *americano*.

Adoptarémos todo aquello que pueda ser útil, i hablarémos el lenguaje de la verdad. Amamos la libertad, escribimos en la tierra clásica de ella, i no nos sentimos dispuestos a adular al poder, ni a contemporizar con preocupaciones que consideramos perniciosas.

¡Felizes nosotros si conseguimos, en premio de nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo; que la naturaleza despierte al injenio de su dilatado sueño, i nazcan a su voz los talentos i las artes; que a la luz de la filosofía se disipen mil errores funestos; que civilizado el pueblo americano por las letras i las ciencias, sienta el benéfico influjo de las bellas creaciones del entendimiento, i recorra a pasos jigantescos el vasto camino abierto al traves de las edades por los pueblos que le han precedido; hasta que llegue la época dichosa, en que la América, a la sombra de gobiernos moderados, i de sabias instituciones sociales, rica, floreciente, libre, vuelva con usura a la Europa el caudal de luzes que hoi le pide prestado, i, llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad.

ANDRÉS BELLO

Londres 1 de Julio, 1826.

Teresa de la Parra

La literatura de América se ha enriquecido recientemente con un libro de esos que obligan a mirar en torno, y hacia adelante, y hacia atrás: porque aparecen dominando repentina y espontáneamente la producción contemporánea a una altura desde la cual se descubren perspectivas espirituales más vastas. Leedlo. Veréis en qué punto han cuajado de suyo las mieles del más silvestre y del más exquisito de los frutos americanos: el ingenio femenino. Libros como IFIGENIA,—a un tiempo resumen y anuncio, respuesta e interrogación,—entran de lleno a influir en la evolución de la sensibilidad y en la historia de las costumbres.

En mi concepto, no se ha escrito hasta hoy en América con igual gracia femenina, con acento tan personal, con lirismo más viviente, más inherente al alma de las cosas, y a la vez más sobrio de expresión: pues aquí la expresión adhiere a la realidad como la pulpa al cuesco, la verdad y su imagen vienen de adentro en un mismo brote.

Sin ningún preconcebido *americanismo*, ajena al falso indianismo, lejos del tropicalismo selvático y enmarañado, exenta de la jerga bárbara del realismo pupulachero, es quizá la más genuinamente hispanoamericana de nuestras novelas. Novela de la ciudad, de la vida de familia y de sociedad. del trasplante de Europa a nuestras pequeñas capitales, tiene también episodios eglógicos, como ventanas abiertas al campo, que dan paso al soplo primitivo de América. En cierto cuadro, por ejemplo, de inolvidable frescura agreste, *se oye* el murmullo del agua, como en otros pasajes del libro, *se siente* el hálito del viento o *se ve* el paso de las nubes: y no gracias a descripciones más o menos acertadas, sino en sugestión de la hora, en secretas consonancias del ánimo con el ambiente, en toques de evocación evanescente: todo dentro de las almas, que no afuera. Un artista de instinto menos seguro, sobre todo siendo mujer, hubiera, a cada paso, cedido al prurito de la retórica, al falso halago de la elocuencia sentimental, desarrollando fáciles temas, pintando paisajes de cromo, *poetizando*. Teresa de la Parra se detiene siempre a punto. Y el tono general de su libro,—muy literario sin embargo,—tanto se distingue por las faltas que evita como por las bellezas que exhibe. Ninguna receta para la tersura de este estilo. Un movimiento natural, un tanto lento, entrecortado por pausas reflexivas, recapitulaciones, vueltas y revueltas que con reiterada, insidiosa repetición de imágenes, van como cobrando cada vez más peso y cargándose de sentido. Y en punto a lenguaje, casi ni un solo galicismo; el que le hay es más sustancial, de alma y cuerpo, y ya incorregible.

Pero su poder secreto, su milagro espontáneo e inagotable es su don de vida. Ahí esta, hecha con nada y sin esfuerzo, y sin embargo desbordante de verdad de gracia, de filosofía, su negra vieja, la lavandera humilde e inolvidable como un oráculo. Ahí están Abuelita, tío Pancho, tantas otras siluetas, tenues y tenaces, imborrables.

Se nace narrador ameno e interesante como se nace poeta. El don, innato, de saber contar, de hacerse oir, de retener y cautivar, de dar aspecto inesperado y especial relieve a hechos y cosas entresacados de la cotidiana monotonía, es un atractivo ingénito e indefinible como el de la simpatía. Teresa de la Parra lo ejerce con la espontaneidad más abundante y más libre. El prestigio de la verdad con que cubre su ficción produce en todo lector el contagio de ilusión, el olvido del simulacro ante el simulacro, la creencia de que «está pasando», como ingenuamente se dice. Este engaño fascinador de la invención literaria, este arte de ilusionista, no se deja ver aquí sino en sus efectos: no se piensa en el autor, no se piensa en su talento: se cree en esa vida infusa.

María Eugenia Alonso, la heroína del libro, creación personalísima, resume, sin embargo y anticipa toda una jornada de nuestra evolución. Lo que va de la María de Jorge Isaacs, pongo por ejemplo, de la María de inocentes trenzas virginales y crenchas púdicas y alma apretada como un capullo, a esta María Eugenia de pelo cortado a la *garçonne* y de alma cortada a la Colette, es todo un mundo, un mundo que separa generaciones hasta hacerlas casi incomunicables. Y es uno de los encantos dulcemente irónicos del libro, este contraste ora implícito, ora desenvuelto en diálogos risueñamente furibundos, ora sofocado en íntimo soliloquio.

La comparación de las dos Marías,—en el fondo hermanas y esto es lo más hondo, —señalaría el tránsito, de aquella forma de la sensibilidad romántica en su etapa idílica

y campestre, que enseñó amar por todo el Continente y modeló un tipo de almas, creó una calidad de amor ya desaparecidos, a estotra forma de individualismo que la abarca, la sobrepasa, la prolonga y la diversifica en una trama espiritual más compleja, inextricable como la urdimbre misma de la vida.

La adorable María colombiana, paloma sin hiel, breve copo de ternura y melancolía, no sabía sino callar, amar, llorar. La elegante María caraqueña, de apariencia modernísima sobre el fondo tradicional, que abrevia el tiempo con la celeridad de nuestra múltiple iniciación y está ya triste porque ha leído todos los libros, sabe expresar lo recóndito, sabe protestar y decir las cosas, sabe reir, reirse, libertarse. Y sobre todo sabe que sabe. Y aunque sabe también llorar y someterse, acaso no sepa tan profundamente como ella cree, lo que es amar. ¿Ama? Sí: pero más al amor que al amado. Ama por amar, no porque ama. Y ha de quedar siempre insatisfecha. Es el mal de las almas espoleadas por el afán insaciable y el ilimitado ensueño. Es el mal de San Agustín; *quia amabat amare*, de Santa Teresa, que muere porque no muere, lo mismo que nuestra quemante Sor Juana Inés de la Cruz: corazones pascalianos, más grandes que toda felicidad, más grandes que todo dolor. Sólo que esos santos, y en eso muestran la fibra heroica, renuncian con la alegría del desprendimiento contemplativo, y viven de sí, aislados en la cumbre. Los que nos arrastramos necesitados de la triste dulzura terrena, ajena y deleznable, del pobre cordial de besos, hecho de amargos jugos, no conjuramos el mal ahondándolo; y al ir buscando de criatura en criatura, vamos cavando sepulcros.

La intacta, la impoluta virgen del Cau a, lirio de su valle, esperaba en silencio, mas no soñaba en quimeras; se consumía por un ausente, pero ausente real, no inventado conforme a un ideal abstracto; se consumía en suavidad letal, en ignorado heroísmo de mansedumbre. Hija de sus montañas, profunda y quieta, no reclamó otro universo. Mientras que María Eugenia diera fuego al sol, alas a los vientos...

¿De dónde le viene a ésta, tan turbador encanto que preferiríamos su peligro a aquella paz inconsciente? Para ella el amor es guerra. Quisiera sucumbir, pero se preserva. O la preservan fuerzas ancestrales. Se reserva, ¿para qué príncipe inverosímil? No se entregará del todo sino a la tumba. Pozo de ternezas hondas, sólo muestra un azul ensueño de lejanía al fondo de su transparencia.

Canta mientras espera, para dar aire a su fiebre. *Canta mientras espera* debe ser su lema. «Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba», es el subtítulo que pone ella, dando a la divisa que la define, una versión irónica y prosaica, como si el escribir así no fuera el mejor refugio contra la vida, la mejor excusa de no vivirla.

Escúchase a sí misma. Lenta y atenta obsérvase con amor lúcido y con maliciosa gracia. Su petulante y risueña predilección por sí misma, esconde mal, bajo su ufanía, su temor de esclava, menos fuerte que los prejuicios y virtudes de la raza que gravita en ella con su peso de siglos. Se engaña para dar pábulo a su esperanza, y reivindica en teoría como una liberación lo que en realidad la doma, la quebranta como una caña. Se reconquista en la soledad. Y el espejo le consuela de muchas cosas, es cierto: y el coloquio con la luna del espejo es más asiduo que el coloquio romántico con la luna y más persuasivo.

Un oscilante y envolvente ritmo suyo, que es muy suyo, que es su ritmo, da a su prosa límpida, una música insistente, penetrante. Y si la invade una urgencia lírica, preludia y tarda en romper, como acordando todas sus fibras, ajustando sobre el alma tensa y aguda, las clavijas del recuerdo, templando el afán secreto que la estremece. Y cuando rompe a cantar en fin, la emoción la agranda, la transfigura. ¡Qué sobriedad tan pura en la abundancia misma! De su dolor más hondo, sólo un sollozo queda temblando en el rapto lírico suspendido, que más patético se destaca en el silencio súbito.

Vale tanto este libro por lo que expresa como por lo que subentiende. Todo él versa sobre un dualismo sutil, sobre un vaivén invisible, entre lo que se piensa y lo que se dice, entre lo que se resuelve y lo que se hace. Dos seres hay en nosotros y el autor devana la rueca de los ensueños sobre la trama inflexible de nuestra interna fatalidad; de nuestra contextura ancestral, domeñadora de las veleidades intelectuales. Así María Eugenia Alonso, la rebelde, la inconforme, es la blanda y sumisa víctima de las tiranías tutelares, más fuertes en su sagacidad secular que las justas protestas individuales, efímeras en su aislamiento.

Y puesto que las Marías de idilio americano se alejan de nosotros en el tiempo y hasta su huella leve está próxima a borrarse de la memoria de las nuevas generaciones, deslumbradas por prestigios más recientes y más turbadores, regocijémonos de ver cómo, en la corriente de la tumultuosa modernidad, emerge, figura de proa, la María Eugenia de este libro tan al día y tan de siempre. Miremos cómo un sol occiduo dora el adiós de tanta ingenuidad abolida; y la nostalgia de aquel encanto inerme no sin dulzura, de aquella gracia inhábil que no se aprende ni se define, se atenuará bajo la seducción de la adorable Enemiga nueva, todavía blanda y sumisa, pero ya advertida.

GONZALO ZALDUMBIDE

10 Ave. Elisee Reclus. París.

OPORTUNIDAD: Disponemos de algunos ejemplares de *Ifigenia*. Precio del tomo **(522 págs.)**: **₡ 6.00.**

La falta de medida

La gravedad criolla

Escribir en ciertos periódicos de América es una cosa confidencial, como poner energías en una fosa, o redactar un diario de sesiones secretas.

Por eso es admirable el REPERTORIO AMERICANO *que, a más de reunir las más prestigiosas voces del Continente, las irradia por el mundo. Nunca como ahora se ha visto tan difundido el pensamiento americano.*

No puedo resistirme a enviar este artículo chileno al director cuyo talento se formó en Chile. Quien dice chileno dice americano. Hay un deje especial en la lengua y costumbres desde Veracruz hasta Punta Arenas.

J. E. B.

HAY en nuestra América una tendencia a lo frondoso, a lo recargado. No digamos del trópico, donde las frutas o las flores, que en Europa tienen formas discretas, llegan a adquirir un crecimiento monstruoso. Los helechos se elevan en la selva por encima de las palmeras y cuelgan de los árboles; las rosas, los geranios, las begonias son tumefactas, hinchadas, fenomenales. En Chile tenemos el caso de la zarzamora, cuyo crecimiento fabuloso le ha quitado toda la utilidad que se le reconoce en Europa. En este viejo continente la zarzamora sirve para hacer excelentes vallados y se emplea hasta en la medicina. En Chile, es preciso destruirla, quemándola hasta las raíces para que no devore y arrase los campos. ¿No es un síntoma el caso de esta planta? ¡Cuántas cosas hay, he pensado, que son excelentes en Europa y que en nuestra tierra son mortíferas porque se extravasan, se frondosean, pierden su medida! Lo mismo que con la zarzamora nos ocurre con ciertas leyes y costumbres de Europa. Recuerdo lo que me dijo un día un viejo jardinero en el barrio de Providencia. Era tuerto de su oficio, porque había perdido el ojo por una chispa aguda que le saltara mientras cortaba árboles. Con su mirada unilateral nos decía cosas fantásticas. Una mañana, cuando le ordenamos que comenzara a destruir la zarzamora, exclamó:

—Esta planta la vendieron los gringos diciendo que servía pa ensalá y lo que querían era echar a perder el campo chileno pa que no hubiera competencia.

En realidad, no hay tal engaño, ni miedo a nuestra competencia. No hay más que el fenómeno natural de la pérdida de eficacia de ciertas cosas europeas al ser trasplantadas a nuestra tierra, así sea en los dominios del arte, la ciencia, la política o la botánica.

Si nuestro suelo no tiene medida, nosotros, consecuentes con los misterios del clima, tampoco la tenemos. Ya he notado muchas veces en formas simplísimas, la falta de medida de los chilenos. Por ejemplo, cuando un compatriota lee un cuento, un chascarrillo en un periódico extranjero, se

rie, lo celebra, y luego ensaya de contarlo en público, pero le hace un agregado inevitablemente, y mata el cuento. Esto lo he observado mil veces. Lo mismo ocurre en cien órdenes de cosas, así sea en arte y leyes. Muchas leyes magníficas de Europa se han perdido en Chile por el funesto agregado. Esto lo llamo yo *mala sombra* o falta de gracia; en suma: ausencia de sensibiiidad o temperamento artístico.

Hablando de estas cosas me contaba un escritor amigo, en París, que unos chilenos llevaron a los Estados Unidos de Norte América un invento, del cual se mostraban ufanos, consistente en una maquinita para fabricar miles de cigarrillos en pocos minutos. El gerente de la gran fábrica de cigarrillos de Florida tomó el invento en sus manos, y dijo:

—Sí: la maquinita es admirable, como que pertenece a mi propio establecimiento. Ha sido robada de aquí por un operario y funcionaría muy bien, si no fuera por el tornillo y la palanca que les ha agregado. La frondosidad, el añadimiento fatal está en todo, probando nuestra infinita falta de gusto. Tomemos por ejemplo la subida al Cerro Santa Lucía, la ley de alcoholes o cualquiera casa criolla de las calles colindantes de la Alameda. Hay algo que esteriliza, que imposibilita, que mata. Un florón de la arquitectura, un detalle de mampostería, un inciso, un artículo en la ley, un remiendo en el original que se ha copiado.

En la calle Dieciocho hay una mansión imponente, copia de un plano europeo. Todo es admirable en esa arquitectura, menos cuatro estatuitas desproporcionadas que le han puesto en el techo y que no figuraban en el modelo.

La falta de criterio es asombrosa, y lo peor, voy a decir lo peor de todo: Es que las cosas desequilibradas y sin criterio las hacen en nombre del buen sentido y del equilibrio, los hombres, al parecer, más serios del país. Por ejemplo: a mí, que noto esto ¿cuándo me tomaron en serio? Nunca, ni me tomarán, porque la ausencia del gusto hace que miremos lo irónico y juvenil como poco serio e imperfecto.

Tomemos ahora el caso de una ley chilena, entre las muchas que se dictan, condenada al fracaso desde el primer día por su frondosidad o exceso de ramaje. Se trata de una ley emanada de la Intendencia hará cosa de dos años y relativa al alcoholismo. Toda la primera parte, la que se refería directamente al vicio, era magnífica. ¡Pero el resto! La ley empezaba por prohibir el expendio de bebidas en locales antihigiénicos. ¡Muy bien! Las tabernas populares debían cumplir ciertas exigencias, como ser piso de ladrillo, mesón de zinc o madera lavable, aguas corrientes, muestrario limpio, luz eléctrica. Estas disposiciones me satisfacían personalmente, además, por cuanto yo mismo había insinuado una cosa parecida en artículo de *La Nación*. Bueno. Al final de esta ley, que terminaría con los antros indignos de los arrabales, venía el siguiente agregado, más o menos, si no me falla ese espejo hasta ahora fiel de la memoria: «Quedarán suprimidas las ventas populares de pequenes, tortillas, causeo, arrollado, etcétera».

Desde el momento que leí la Ley promulgada, en los periódicos, comprendí que esa última parte sería causante de su esterilidad absoluta. Efectivamente, algunos días más tarde manitestaban por las calles de Santiago miles de vendedores ambulantes que la nueva ley dejaría en penosísima situación. Se trataba de una falta de criterio en el autor del decreto, por cuanto atacaba no solamente una pintoresca e inofensiva costumbre criolla, que tiene raíces andaluzas, sino que también privaba al pueblo de una comodidad indudable. El pequén constituye el desayuno del obrero.

No hay que extirpar el color local, sino encauzarlo, ayudarlo. Las ventas populares, imprimiendo un sello insólito a los diversos países, encantan al turista iniciado. Hay que ayudar a la cerámica indígena, a la sillería, a la industria y a la cocina, pero nunca destruirla para ayudar a la usurpación extranjera. El *Kandy Shop* y otros cientos de tiendas extranjeras provienen de industrias populares protegidas en otros países. Tengamos criterio, tengamos medida, arte, gusto. Repito que no hay Gobierno sin arte. Napoleón diseñó el Arco del Triunfo y dirigía la Comedia francesa desde Rusia. El gran emperador dejó al pueblo francés en punto de referencia, una medida ideal que vale más que el metro y que podríamos ubicar entre el arco del Carrusel y la base del Arco de Triunfo, donde está ahora el fuego eterno del soldado desconocido. Esa será la medida inmanente, los dos puntos, principio y fin de las cosas que nosotros los bárbaros no sabemos distinguir.

La falta de medida me ha dado la clave de muchas costumbres chilenas, como ser: *la gravedad*. Empezaré por decir que existe en Chile un concepto erróneo de la gravedad, porque palabra tan respetable y llena de valor, ha llegado a ser sinónimo de inepcia. Esto proviene precisamente de la esterilidad de los hombres formales o graves. La inepcia de aquellos señorones que se han hecho una manera de prosperar con su máscara de gravedad, ha deformado el significado de la gravedad.

Renán, comentando el hecho, que las sagradas escrituras dan como verdadero, de la burla que hicieron de Cristo, coronándolo de espinas, los funcionarios romanos, dice: «Dificulto que la gravedad romana se prestara a tan sangrienta e indigna farsa».

Luego, la gravedad, según Renán, era una cualidad muy respetable, y si en Chile está desacreditada es por causas que a mí no me escapan.

Vamos a la anécdota, que en estos casos equivale a lo que el dibujo en geografía. ¿Por qué la gravedad proviene de la falta de medida? Veamos:

Cuando el Príncipe don Fernando de Baviera, huésped de Chile, quiso descansar un poco de los festejos protocolarios, se dirigió a unas playas a descansar en casa de un señor millonario. En esas playas el príncipe pretendió despojarse graciosamente de su carácter hasta aparecer como un señor cualquiera. Empezó a reírse y a hacer chirigotas cuando llegaba el caso, es decir, a vivir como todos. Pero no contaba con la falta de medida nacional. Un señor veraneante, bromeándose con él, llegó a darle dos fuertes palmadas en la mejilla, por lo cual el príncipe se vio obligado a recuperar su cara grave o protocolaria. Esto nos ocurre, en mayor o menor proporción a todos. En Santiago las mujeres son estiradas, mudas y graves, porque si sonrieran o hicieran gracias de cualquiera clase, los hombres las tomarían por otra cosa. Tampoco podría existir la costumbre del piropo porque degeneraría en una cosa frondosa y sin gracia. La gravedad es la defensa contra lo desagradablemente imprevisto que pudiera originar la falta de medida.

En el arte la falta de medida se define en las infinitas personalidades nebulosas que de vez en cuando nos cuentan sus trascendentales proyectos, que casi siempre quedan en proyecto. Yo prefiero no abarcar un mundo, pero llegar a hacer algo completo aunque no sea más que una humilde aceituna con su huesito dentro.

En Chile abundan los personajes misteriosos, despreciadores de las formas humildes de expresión, despreciadores de todo lo humano, pero que nunca producirán nada.

A Europa les veo llegar con sus proyectos, sus cosmos de ideas, sus fantasías gigantescas, sus gérmenes, que desgraciadamente no llegan a tener médula ni espinazo, es decir: vida organizada.

La medida, la concentración, es el primer síntoma de vida que exhalan los seres y las cosas, todo lo que viene dilatándose desde la eternidad para atrás hasta la eternidad que nos espera.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO
Consulado de CHILE en París.

Madrid, 1926.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutúos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia **20** frs. Extranjero **24** frs.

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Página lírica

de Alfonso Reyes

=Del tomo *Pausa.* París. 1926.=

La tonada de la sierva enemiga

Cancioncita sorda, triste,
desafinada canción;
canción trinada en sordina
y a hurtos de la labor,
a espaldas de la señora,
a paciencia del señor;
cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción
de esclava niña que siente
que el recuerdo le es traidor;
canción de limar cadenas
debajo de su rumor;
canción de los desahogos
ahogados en temor;
canción de esclava que sabe
a fruto de prohibición:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

Entre dientes, mal se oyen
palabras de rebelión:
«¡Guerra a la ventura ajena,
guerra al ajeno dolor!
Bárreles la casa, viento,
que no he de barrerla yo.
Hílales el copo, araña,
que no he de hilarlo yo.
San Telmo encienda las velas,
San Pascual cuide el fogón.
Que hoy me ha pinchado la aguja
y el huso se me rompió.
Y es tanta la tiranía
de esta disimulación,
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón,
tengo miradas de reto
y voz de resignación».

Fieros tenía los ojos
y ronca y mansa la voz;
finas imaginaciones,
y plebeyo corazón.
Su madre, como sencilla,
no la supo casar, no.
Testigo de ajenas vidas,
el ánimo le es traidor.
Cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

1913.

La amenaza de la flor

Flor de las adormideras:
engáñame y no me quieras.

¡Cuánto el aroma exajeras,
cuánto extremas tu arrebol,
flor que te pintas ojeras
y exhalas el alma al sol!

Flor de las adormideras.

Una se te parecía
en el rubor con que engañas,
y también porque tenía,
como tú, negras pestañas,

Flor de las adormideras.

Una se te parecía...
(Y tiemblo sólo de ver
tu mano puesta en la mía:
¡Tiemblo, no amanezca un día
en que te vuelvas mujer!)

1917.

Glosa de mi tierra

Amapolita morada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí.

I

Aduerma el rojo clavel,
o el blanco jazmín, las sienes;
que el cardo sólo desdenes,
sólo furia da el laurel.
Dé el monacillo su miel,
y la naranja rugada,
y la sedienta granada,
zumo y sangre—oro y rubí—:
que yo te prefiero a ti,
amapolita morada.

II

Al pie de la higuera hojosa
tiende el manto la alfombrilla;
crecen la anacua sencilla
y la cortesana rosa;
donde no la mariposa,
tornasola el colibrí.
Pero te prefiero a ti,
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
del valle donde nací.

III

Cuando al renacer el día
y al despertar de la siesta,
hacen las urracas fiesta
y salvas de gritería,
¿porqué, amapola, tan fría,
o tan pura, o tan callada?
¿Porqué, sin decirme nada,
me infundes una ansia incierta
—copa exhausta, mano abierta,—
si no estás enamorada?—

IV

¿Nacerán estrellas de oro
de tu cáliz tremulento,
—norma para el pensamiento
o bujeta para el lloro?
¡No vale un canto sonoro
el silencio que te oí!
Apurando estoy en ti
cuánto la música yerra.
Amapola de mi tierra:
enamórate de mí.

1917.

Caricia ajena

Exhalación clara que anhelas
—a no perturbar un temblor—
por iluminar si desvelas
por dormir si enciendes amor.

Desde el hombro donde reposas
—caricia ajena—cómo puedes
regar todavía mercedes
en complacéncias azarosas.

Tu fidelidad sobrenada
en vaga espuma de rubor
y te vuelves toda entregada
y regalas desperdiciada
los ojos cargados de amor.

A mi hijo

Honda mirada encendida
en quieta lumbre interior;
alegría sin rumor
que estás colmando mi vida:

Déjame ganar virtudes
bañándome en tu conciencia;
y para que nunca dudes
de la ley que te sentencia

en la vida y en la muerte
a ser atisbo de Dios,
mira si hay yedra que injerte
dos árboles de esta suerte:
con cada brazo a los dos.

Aires de la bocacalle...

Aires de la bocacalle
enredan por las esquinas.
Primavera.

Se me queda en las pestañas
un poco de una semilla.
Primavera.

Trepa la saltaparedes
y el lagarto se desliza.
Primavera.

Todo el día, el gato a caza
de mil diminutas vidas.
Primavera.

Temblores por tus ojeras
y por las de tus amigas.
Primavera.

Fantasía del viaje

Yo de la tierra huí de mis mayores
(¡ay casa mía grande, casa única!)
—Cardos traje, prendidos en la túnica,
al entrar en el valle de las flores.

Llegué hasta el mar: ¡Qué música del puerto!
¡Qué feria de colores!
No lo creerán: ¡si me juzgaron muerto!
¡Ay, mi ciudad, mi campo aquél sin flores!

He visto el mar: ¡Qué asombro de los barcos!
¡Qué pasmo de las caras tan cobrizas!
—Los ojos, viendo el mar, se tornan zarcos,
y la luz misma se desgarra en trizas.

¿Y el marinero aquél, hijo de Europa,
(¡ay ubres de la Loba, ay ubres!)
que ostentaba, acodándose en la popa,
los brazos recamados de mayúsculas azules?

Yo iré por mis natales caseríos
como una fatalidad:
¡Ay, montañas, árboles, hombres míos:
he visto el mar!

Lo grabaría yo sobre la seca
madera de mis árboles nativos:
lo gritaría en la casona hueca,
para oír resonar sus ecos vivos:
¡He visto el mar!

Lo diría en la polvorosa calle
de mis aldehuelas, de aquellos pueblos
cálidos, donde el aire del ventalle
se lleva las palabras en sus vuelos.

¿Quién lo creería de los viejecitos
que cuentan nuestros años con los dedos?
Hablan: el aire de los abanicos
se lleva las palabras en sus vuelos.

Ninguno ha visto el mar.—Palmas. Un río
sesgo y apenas rumoroso corre.
Viven urracas negras en la torre
que relumbra en el oro del estío.

Polvo en la villa, polvo en las afueras.
Hornazas de metal, bocas de fragua.
Y, por invierno, un vaho en las vidrieras
que se va deshaciendo en gotas de agua.

1915

La mandolina del otoño

Ya rompes, mandolina de lamentos,
gotas de trino salpicando al prado,—
y revuelcan las faldas de los vientos
el oro fatigado.

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

—¡Venturosa de ti!—clama la rosa
que, falleciente, al rodrigón se aprieta;
y al eco del suspiro: «venturosa»,
se abre, azul de celos, la violeta.

El listado melón desaparece
bajo racimos como de corales,
y es una mandolina que florece,
perezosa entre sueños vegetales.

En éxtasis de son la araña huelga;
salta la abeja como chispa fatua,
y el heno de los árboles descuelga
su blanco airón a coronar la estatua.

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

Pero—¡memorias que el otoño dora,
ácidamente, con punzante júbilo!—
si a nuevas fiestas amanezco ahora,
otras recuerdo con un llanto súbito.

De mis delicias joya cortesana,
de mis virtudes rosa campesina,
óyeme tú: que para ti se ufana,
temblando, el alma de mi mandolina.

Y en el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

1917.

En busca del verso puro

=De *Valoraciones*. La Plata. Rep. Argentina=

SERÁ cierto que hay dos únicos modos de expresión verbal: el verso y la prosa? ¿Y será cierto que el verso y la prosa deben mantenerse puros, antitéticos e inconfundibles entre sí? Vivimos bajo el terror de que nos descubran parentesco con el inmortal *bourgeois gentilhomme*. Y más si el parentesco existe. Pero padecemos escrúpulos innecesarios. Quizás M. Jourdain era menos tonto de lo que Moliére creía, como Bouvard y Pécuchet eran menos tontos de lo que Flaubert creyó. Quizás no era M. Jourdain quien se equivocaba, sino el maestro de retórica, según hábitos de su tribu. Recordemos al árabe describiendo la prédica de Mahoma: «No es poesía, ni es prosa, ni es lenguaje mágico, pero impresiona, penetra...»

Intermedio polémico

Leopoldo Lugones, maestro del verso y de la prosa, los define y los declara inconfundibles: en verdad, *sus* versos nunca se confundirán con *su* prosa. Cree que verso es ley. No existe verso libre. Cuando la «agrupación de palabras» que llamamos verso no está sumisa a la ley de la cantidad silábica, al juego de las sílabas largas y breves, como en griego y en latín clásico, debe caer bajo la ley de la rima, como en el latín de la Edad Media y en las lenguas románicas. Nuestro antiguo verso libre, el endecasílabo blanco, sin rimas, que Boscán trajo de Italia a España, no es más que «prosa monótona». Aquel buen luchador tradicionalista que fué Cristóbal de Castillejo pensaba como Lugones y decía de Boscán y los suyos:

> Usan ya de cierta prosa
> medida sin consonantes...

Pero «basta que haya rima para que resulten versos las más variadas y audaces combinaciones métricas». Ejemplo: *Lunario sentimental*.

Cuando empezaba a olvidarse la polémica que ardió meses atrás en torno de sus tesis, Lugones reaviva el fuego (*La Nación*, 13 de julio), a propósito de José Pedroni y su *Gracia plena*: hasta encuentra la fórmula de su disgusto llamado «antiverso» al renglón de los poetas de vanguardia.

Leopoldo Marechal, docto en prestidigitaciones de imágenes y de ritmos, le advierte a su «tocayo y maestro», reloj en mano, que en la hora actual «el hombre está cansado de métrica y pide versos libres»... «La métrica y la rima nacieron: 1º, en la necesidad de estimular la memoria; 2º, en la pobreza del lenguaje... Son recursos bárbaros...» Leyes y teogonías «revisten formas métricas en sus originales: el verso era una percha terminada en el gancho de la rima, que se colgaba en el ropero de la memoria... La métrica fué el pantalón corto de la poesía: *ahora* la poesía es adulta». ¿Qué es el verso libre, el nuevo? Nos quedamos a oscuras. Porque negación no es definición.

Jorge Luis Borges, poeta fino y fuerte, cuya amistad con el pensamiento y el estudio se hace ejemplar en medio de nuestra incurable ligereza, tercia en la lucha, pero sólo para atacar la rima, flanco débil del enemigo con armas extraídas del arsenal de Milton: viejas, pero eficaces. La querella de la rima durante cuatro siglos le ofrecería rico armamento, si lo quisiera.

Marechal, creyente del progreso como cualquier devoto del positivismo ¡y en el progreso artístico!, habla de métrica como si la hubiéramos inventado ayer, en tiempos de Zorrilla, consciente y deliberadamente, para facilitar el aprendizaje de la doctrina cristiana y el Código Civil. Porque la antigüedad... ¿Cree el *retrucador* que hay rimas en la *Teogonia* hesiódica, en los cantos del *Rig Veda*, en los himnos sumerios? ¿Cree que hay métrica siquiera en las profecías de los hebreos? Y decir que «la música del verso es pobre como música» es engañarse con una metáfora: cf. Guillermo Juan, *Diccionario de metáforas*, Buenos Aires, Editorial Proa, 1928. Que «las poesías de Verlaine son más hermosas traducidas libremente al castellano». Francamente...

El maestro definidor lleva ventaja al juvenil tocayo en la perspectiva histórica: habla del verso en el compás de treinta siglos; pero habla como si el verso se hubiera inventado en Grecia o sólo en Grecia. ¿Dirá que para explicarnos el verso español nos basta con el Mediterráneo? El verso español hasta fines del siglo XIX, tal vez sí. Pero no desde aquellos *Heraldos* de Rubén Darío, heraldos inconscientes de ejércitos futuros, La actual invasión de los ejércitos del verso sin medida ni rima es para muchos desazón y plaga, es la lluvia de fuego, la abominación de la desolación. Pero *es*.

Barrido

Las nociones usuales sobre el verso son incompletas, o limitadas, o equivocadas. Cada quien parte, para definirlo, de su idioma propio y de sus propios métodos de versificar. Con tal punto de partida, equivocan la ruta y hasta descarrilan. Hace falta la noción genérica. La gente de lenguas germánicas no oye el verso de lenguas romances sino después de aprendizaje especial. Filólogos como Karl Vossler ¡jefe de escuela! se enredan al explicar el verso italiano: se empeñan en ajustarlo a nociones germánicas sobre el acento y hasta sobre el valor de las vocales en grupo. Pulula en escritores ingleses la confesión de sordera para el verso francés: cosa sencilla les estorba, el valor pleno que conservan para el metro las sílabas mudas. Pero creo que muchos ingleses no entienden todavía su propio verso, hijo confuso de dos familias contrarias, capaz de traicionar unas veces al padre acento y otras veces a la madre sílaba; así me lo confirman los formidables volúmenes de Saintsbury. Donde no por eso falta la perentoria declaración de que ningún extranjero comprende el verso inglés... ¿Y el secular problema semítico? ¿Y todos los problemas de Oriente, lejano y cercano, de India y de China, de Persia y de Arabia, con su multitud de formas intermedias entre el verso y la prosa?

En castellano, después de siglos beatos de realismo ingenuo, desde Nebrija, nos dedicamos laboriosamente a complicar y falsear nuestra noción del verso. Tiempo y paciencia lo alcanzaron al fin: los preceptistas latinizantes decidieron que procedíamos como en Grecia y Roma, combinando sílabas largas y breves. Por fortuna, los poetas no leían los tratados y componían de «oído», como el músico del pueblo «que no sabe nota». Después que Bello y Maury nos devolvieron a la ley real de la sílaba de cantidad única, padecimos cerca de cien años nueva sordera: toda obra poética del idioma creímos explicarla con el número fijo de sílabas. Hombres eminentes perdieron largas horas de su vida en el minucioso error de constreñir en medida exacta los poemas de versificación irregular: Cornu con el *Cantar de Mio Cid*, Marden con el *Fernán González*, Pietsch con los *Disticha Catonis*. La historia de las letras castellanas nos avisa que nuestro verso puede ceñirse a tres normas—la medida, el acento, la rima—o vivir libre de cualquiera de ellas. Los ultraístas, ahora, nos gritan que debe libertarse de las tres...

En artículo posterior trataré de definir el verso en fórmula que abarque todas sus especies.

Pedro Henríquez Ureña
Calle 55. N.° 488.

La Plata, 1926.
Rep. Argentina.

Un tópico de interés continental

Hacia un futuro Congreso bolivariano

Sr. Prof. J. García Monge,
Director del Repertorio Americano
San José.

Maestro:

Causas ajenas a la acción intelectual me han hecho guardar silencio hacia nuestro Repertorio, a quien debo tanto; pero ahora, al encontrar entre sus columnas un tópico de interés continental, como es el que trata la carta del Sr. Leguía, (1) me siento obligado por mí mismo a buscar el sitio que como soldado de una aspiración tengo asignado en las filas del hispanoamericanismo o como se le quiera llamar al anhelo común de la América Española.

El Congreso Bolivariano, además de tributar sincero homenaje al máximo Libertador, plantea un problema trascendental a los intereses raciales, y ese problema, hoy, mañana, tendrá que abordarse voluntariamente u obligados por la voracidad expancionista del vecino del Norte.

La política seguida por nuestros gobiernos a este respecto, más que digna de reproches, debe ser considerada como una necesidad ineludible para su estabilidad personal frente a las exigencias de la Casa Blanca, y en este sentido, merecen conmiseración, puesto que ellos no pueden, no podrán sacudir el maldito yugo que los ata a la garra del poderoso y a sus mezquinas aspiraciones y a su miedo instintivo, incapaces de abrazar la causa de Gandi.

Nada se debe esperar de ellos, sino lo que se amolde a sus necesidades y muchas veces a las circunstancias nacionales de momento; por ello mismo, toca a los espíritus libres—en mi concepto—organizarse, crear una corriente doctrinaria mayor a la actual, intensa, fuerte, medular, que obligue, para completar lo ya comenzado. Es cierto que en cada productor intelectual y no pocos políticos, existe o coexiste un entendimiento, pero no basta.

Respecto a que se hagan nombramientos democráticos departamentales, no es posible, como no es posible con la verdad más pura hasta hoy elegir a las autoridades civiles de nuestras Repúblicas, por lo que sería preferible, integrar primero, pequeños grupos en cada Estado y luego de éstos nacerían los representantes a que se alude para formar una confederación; pero aquí surge la dificultad mayor: ¿Quién sostendría a estos elementos? Si nuestros gobiernos, quedarían supeditados a ellos haciendo nula su acción, si las agrupaciones nacionales, entonces morirían indefectiblemente por carencia de recursos.

Un solo y único medio encuentro a mi manera de ver, y ese es el ejemplo de Bolívar: que surja una personalidad continental rica en dones de prestigio, desinterés, voluntad, culta, honesta y de una visión política inmensa; un Bolívar o un Gandi que a su solo anuncio, los sigan los cientos de hombres listos ya en cada República. Que un Alfredo Palacios, un García Monge, un Vasconcelos, conocidos por todas las conciencias anhelantes, tomen la causa como suya y se encarguen de organizar a la gente, en México, en Costa Rica, en Buenos Aires, y cuando se haya hecho una necesidad nacional, es decir, que se comprenda que ella existe, entonces, los elegidos serán aquellos que por la naturaleza misma lo han sido para cumplir el destino superior de nuestras nacionalidades.

Sólo ellos soportarán la indiferencia, porque tienen valor y conocen el porvenir, la pobreza porque siempre fué el dinero algo secundario en sus ideales, el insulto, porque no entienden los vocablos mezquinos o los saben contestar con el puño recio de su potencia espiritual profunda.

Le saluda con grande cariño.

Alfonso Fabila.

Casa de usted: calle de San Pedro de los Pinos, 13.
Colonia del Valle.
Mixcoac, D. F. México.

(1) Véase el cuaderno 2, tomo en curso.

Alfar
Mensuario
Director: Julio J. Casal
Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Señas de escritores

Tercera lista

Simón Latino. Apartado 599. Bogotá. Colombia.

J. Guillermo Leguía. Box, 981. Panamá. República de Panamá.

Ramón Laval. Biblioteca Nacional. Santiago de Chile.

Lázaro Liacho Vitzky. 12 de Octubre, 142. Avellaneda, Provincia de Buenos Aires. Argentina.

Félix C. Lisazo. Comisión de Servicio Civil. Habana. Cuba.

Víctor M. Londoño. Bogotá. Colombia.

Jacinto López. 236 West 55th St. U. S. A. New York City.

Luis Carlos López. Cartagena. Colombia.

Luis López de Mesa. 43, rue Washington. París.

Américo Lugo. Apartado de Correos 26. Sto. Domingo. Rep. Dominicana.

Leopoldo Lugones. Arenales, 973. Buenos Aires. Argentina.

J. de la Luz León. Consulado de Cuba. Coruña. España.

Fernando Lles. Apartado 58. Matanzas. Cuba.

Antonio Machado. General Aranda, 4. Principal. Madrid. España.

Ramiro de Maeztu. Serrano, 112. Madrid. España.

Jorge Mañach. Ave. del Pte. Gómez, 64. Jesús del Monte. La Habana. Cuba.

José C. Mariátegui. Correos, Casilla 2107. Perú. Lima.

Antonio Marichalar. Plaza de la Independencia, 2. Madrid. España.

Tristán Marof. 8 bis, rue de Lisbonne. París. También: Corso Magenta 63 A/2. Italia. Génova.

Eduardo Marquina. Benito Gutiérrez, 26. Madrid. España.

Alberto Masferrer. San Salvador. El Salvador.

Dr. Diego Mendoza. Bogotá. Colombia.

Julio Mercado. 87 11 95 th St. Woodhaven, L. I., U. S. A.

Enrique de Mesa. Velázquez, 28. Madrid. España.

R. Meza Fuentes. Casilla 2771. Santiago de Chile.

Gabriela Mistral. Legation du Mexique. 144 Boul. Haussmann. París.

Enrique Molina. Universidad de Concepción. Chile.

Carlos R. Mondaca. Pro-Rectoría Universidad. Santiago. Chile.

E. Montenegro. 280, Broadway. New York City. U. S. A.

R. Montenegro. Balderos, 59. México, D. F. México.

Ernesto Morales. Vicente López (F. C. C. A.) Buenos Aires. Rep. Argentina.

José Moreno Villa. Residencia de Estutudiantes. (Pinar, 11). Madrid. España.

Saul de Navarro. Rua Buenos Ayres, 103. Río Janeiro. Brasil.

A. Nieto Caballero. Ap. n.° 49. Bogotá. Colombia.

Luis E. Nieto Caballero. Ap. No. 49. Bogotá. Colombia.

A. Nin Frías. 2960 Melo. Depto. 3. Buenos Aires. Argentina.

Juan E. O'Leary. Conde de Peñalver, 24. Madrid. España.

José Olivares. Managua. Nicaragua.

Federico de Onís. Columbia University. New York City. U. S. A.

Eugenio d'Ors. Hermosilla, 17. Madrid. España.

José Ortega y Gassset. Serrano, 47. Madrid. España.

Antenor Orrego. En *El Norte*. Ap. 163. Trujillo. Perú.

Luis E. Osorio. 7, Boul. Beauséjour. París.

La Prensa en el intercambio espiritual americano

Como instrumento de trabajo social este diario ha cumplido siempre su misión de ser intérprete y defensor de la raza y de la cultura hispanoamericanas. La República Argentina es un país cosmopolita; pero sin desmedro de la soberanía del país en el concierto de las naciones. Dentro de esa amplitud de concepto gravita poderosamente el ideal americanista. Así fué desde nuestros orígenes históricos, como que la Revolución de Mayo no constituyó un fenómeno local, sino que tendió a la emancipación continental, se esparcieron luego por otros países que son hoy repúblicas y sus últimos soldados no regresaron al propio solar sino catorce años después, cuando la libertad política era un hecho definido en toda la América hispana. Hubo, pues, un ideal americano, el que nosotros sostenemos con fe y con criterio de actualidad.

En el congreso de periodistas realizado últimamente en Estados Unidos, *La Prensa* estuvo representada por un ciudadano que investía la calidad de americano. La actuación del señor Máximo Soto Hall en el certamen es bien conocida de nuestro público y, por reciente, no ha menester ahora ser reseñada. El congreso de periodistas puso término a sus sesiones, y entonces nuestro representante dió comienzo a la segunda parte de su tarea. Esta segunda parte, que ahora realiza, es la más importante, como que se trata de visitar todos los países de Centro América, para exponer en cada uno de ellos los trabajos en materia de unificación del criterio periodístico hispanoamericano. Y es misión superior a la del congreso, sin duda, esta de vinculación de diarios, de personas y de pueblos.

Los vínculos de nuestro país con los países centroamericanos y de las Antillas, no son hasta ahora tan estrechos como corresponde. Razones de orden material y espiritual reclaman una mayor aproximación. Las corrientes interamericanas serán, a no dudarlo, de provecho para todos los países del continente.

El periodismo tiene una función esencial en esa obra y nosotros la cumplimos sin reticencias. Queremos crear una opinión general en América para la realización de esos propósitos. Y es por ello que vemos con franca complacencia que los países visitados por nuestro representante responden al llamamiento en la forma más cordial y satisfactoria.

Las informaciones que llegan ahora de México, como las que antes llegaron de Cuba, colman nuestro optimismo. El gobierno y el periodismo de aquel país han interpretado fielmente nuestros anhelos americanistas.

El Presidente de México, general Calles, en una audiencia especial, concedida con honores de agente diplomático al representante de nuestro diario, habló del intercambio de productos que interesa por igual a aquel país y a la Argentina, y expuso su propósito de vencer la valla de las escasas comunicaciones por medio de una marina mercante hispanoamericana. «En lo que se refiere al periódico que usted representa, dijo el mandatario mexicano al doctor Soto Hall, estoy convencido de que es el primero del mundo y el que siempre me ha interesado, sobre todo ahora que inicia esta nobilísima cruzada, concordante con los principios que sostiene mi gobierno: lo admiro y considero que todos estamos obligados a secundar su loable tarea».

Estas palabras, más que halagar nuestro amor propio, tienen la virtud de reconfortar nuestra fe americanista, la que interpreta sin duda un anhelo común fundado en raigambre histórica—Bolívar fué, también, como San Martín, americanista—pero poco exteriorizado hoy. Tras de esta compenetración de sentimientos vendrán, sin duda, frutos opimos, tales como el establecimiento de corrientes comerciales.

Por lo que a *La Prensa* respecta, cumple lo que entiende que es su deber: promover el intercambio espiritual americano en la forma más eficaz que compete a los órganos de opinión y con profunda fe en que un futuro próximo responderá a estas instancias.

(La Prensa, Buenos Aires).

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: . . . . . 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. Fabra Ribas, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: Interlab, Madrid.

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

Mi querido García Monge:

Reciba para las tres preguntas de la Encuesta del Repertorio Americano, estas tres dolorosas respuestas:

1.ª—En América no existe todavía la casa Editorial dirigida por el hombre de pensamiento que pueda darle al libro el verdadero y justo valor que merece. La nueva estirpe intelectual de América, exceptuando a los pocos ponderados que ya se han hecho políticos, la constituye una juventud nueva, digna y pobre, que tiene ella misma que editar sus propias obras, repartirlas entre sus amigos íntimos del continente, y después, pasar un poco de hambre para reponerse del dinero gastado inútilmente. Además, lo esencial es, que el espíritu evolucionado del hombre de América debe convencerse que la misión del artista, del científico, del literato, del filósofo, es una misión más alta y más noble que la que se ha impuesto el modelador de espíritu en Europa.

Allá se hace el libro de setecientas páginas, para el hombre acostumbrado a pagar el volúmen y no la substancia, para el hombre que viene leyendo hace siglos cotidianamente, la Biblia, la Divina Comedia y el Quijote. Aquí, con raras excepciones, y éstas están entre los que van ya decayendo, se tiende al libro esencial y diminuto pero consistente y de peso, que el público lee en lo que la manecilla del reloj da media vuelta y por el cual no osa pagar más de veinticinco o cincuenta centavos, cuando no lo ha rechazado el editor y el librero para darle paso al librote de Blasco Ibáñez o los Goncourt, inconsistente pero voluminoso.

Hay que emprender una campaña en pro del concepto del nuevo libro del hombre nuevo de América;—no una campaña utilitaria sino espiritual, en el sentido de que se aprecie y se lea el libro esencia que todavía se recibe en los grandes diarios despectivamente con el mote de folletín,—para evitar que se desvirtúe el pensamiento moderno de las ideas novísimas de América. El Postumismo hace años viene lanzando sus avanzadas ideas en folletos de menos de cien páginas, en tiradas que pocas veces pasan de mil ejemplares. De Costa Rica, de Nicaragua, de México, de Sud América, de todas partes nos llega la misma desconsoladora experiencia que a la vez nos regocija, porque vemos que con esas altas cosas del espíritu no se comercia. Allá en Perú es José Carlos Mariátegui que intenta ahora mismo dirigir una editorial. Aquí en Santo Domingo, se puede citar el caso original como se publicó mi último libro *Cantos a mi muerta viva*, que puede servir de ejemplo a los espíritus jóvenes de América para que no prostituyan sus excelencias interiores voluminizando sus pequeñas grandes obras. y que le envío aparte para si quiere usted lanzar la simiente desde su noble Repertorio.

> **CUESTIONARIO**
> **que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América**
>
> Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:
>
> 1.ª—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?
>
> 2.ª—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?
>
> 3.ª—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

2.ª—El público hispano-americano no lee todavía nuestras obras. No las lee porque no está aún preparado para leerlas: está muy influído de la literatura cuantitativa de los europeos; necesita esencializarse un poco más, encaminándose por esa senda de espiritualización del arte y de la filosofía modernos; y no es tan sólo que no nos lee, no advierte siquiera nuestras obras, porque no se le sirven. La obra que está realizando actualmente el libro de América, es una obra silenciosa y grave; apenas la advertimos nosotros mismos, que de tan poco mercantiles, en la doble acepción mercurial y espiritual, no nos hace falta. Nuestra riqueza o satisfacción estriba sólo en la lista de envíos que nos queda después de una tirada y en los otros libros que paulatinamente nos van llegando...

3.ª—Los públicos leen siempre los autores atrasados. Los autores avanzados se leen primero unos y otros entre sí y más en estos tiempos de desbordamientos espirituales, de profundidades psicológicas, de evoluciones rápidas del pensamiento, de compenetraciones íntimas y de creación, porque, apesar de que ya se repite mucho en América la palabra renovación, no es hora de renovar, que sería poca cosa, es hora de crear, que es grande y noble cosa. Y al autor que crea no se le lee. El público lee el autor que le repite lo que ya sabe. Es una debilidad humana, pero el hombre siente una instintiva aversión por aquel que le enseña o simplemente le señala lo que ignora, y se parapeta detrás del ancestral anatema: «no comprendo», y cree que con ello lo resuelve todo, cuando la misión del hombre es comprender, y él nunca debe dejar de comprender, para asimilar, para distinguir, para acertar, para rechazar, aunque nada es rechazable en la Naturaleza, en la absoluta acepción del término. Importa que el público no lea. A lo que es necesario enseñar el público es a comprender. Tenemos que acabar, a costa de nosotros mismos, con ese vicio de lectura fogosa sin comprensión alguna. Antes que lectura, comprensión. El libro, como la palabra, tiene que ir reduciéndose hasta su mínima expresión y llegará a desaparecer cuando el hombre esté en un grado de esencialidad tal que no necesite de otro libro que el gran libro de Naturaleza que tiene siempre por delante y el que cada cual no puede leer si no es con sus propios recursos. Ese es el porvenir del libro, instrumento servil de la vanidad del hombre; y el hombre que todavía lo es en sumo grado no está dispuesto a ponerse acorde con los sentires íntimos de Naturaleza.

Andrés Avelino

Colino Sacra, Santo Domingo, R. D.

Un envío de Costa Rica

Don Jorge del Valle Matheu, aprovechado estudiante que sigue sus estudios en Costa Rica, ha tenido la galantería de enviarnos el número 6 del Repertorio Americano, semanario de cultura hispánica, de San José de Costa Rica.

El frontis del periódico, está ilustrado con el fotograbado del Prócer (José Cecilio del Valle), y trae la inserción del interesante artículo del clarividente político y egregio sabio, intitulado *Soñaba el Abad San Pedro y yo también soñaba*. Ha sido una feliz coincidencia que al propio tiempo que el eximio Máximo Soto Hall, lo inserta en su discurso de ingreso a la Sociedad de Geografía e Historia, se reproducen iguales, interesantísimos conceptos, en Costa Rica.

El Repertorio Americano, lealmente cita al periódico guatemalteco *El Amigo de la Patria*, del 1.º de Marzo de 1822, de donde fué copiado el artículo y agrega, lo siguiente: «Quién desee ver más detalles acerca de las ideas panamericanas de José Cecilio del Valle, puede consultar la obra *Ideologías de la Independencia*, por Virgilio Rodríguez Beteta. Librería París-América, 1926. París,

Agradecemos a Repertorio Americano la honra merecida que hace a nuestros intelectuales, dando a conocer a los hombres de mérito de Centro América.

El brillante discurso de Soto Hall, ha sido publicado en folleto de nítida impresión, y amplio tiraje, a escote entre algunos socios de la Sociedad de Geografía e Hictoria de Guatemala, y toda la prensa de esta capital, lo recibió con elogioso beneplácito.

(Diario de Guatemala, Guatemala).

Suscríbase al Repertorio Americano y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica